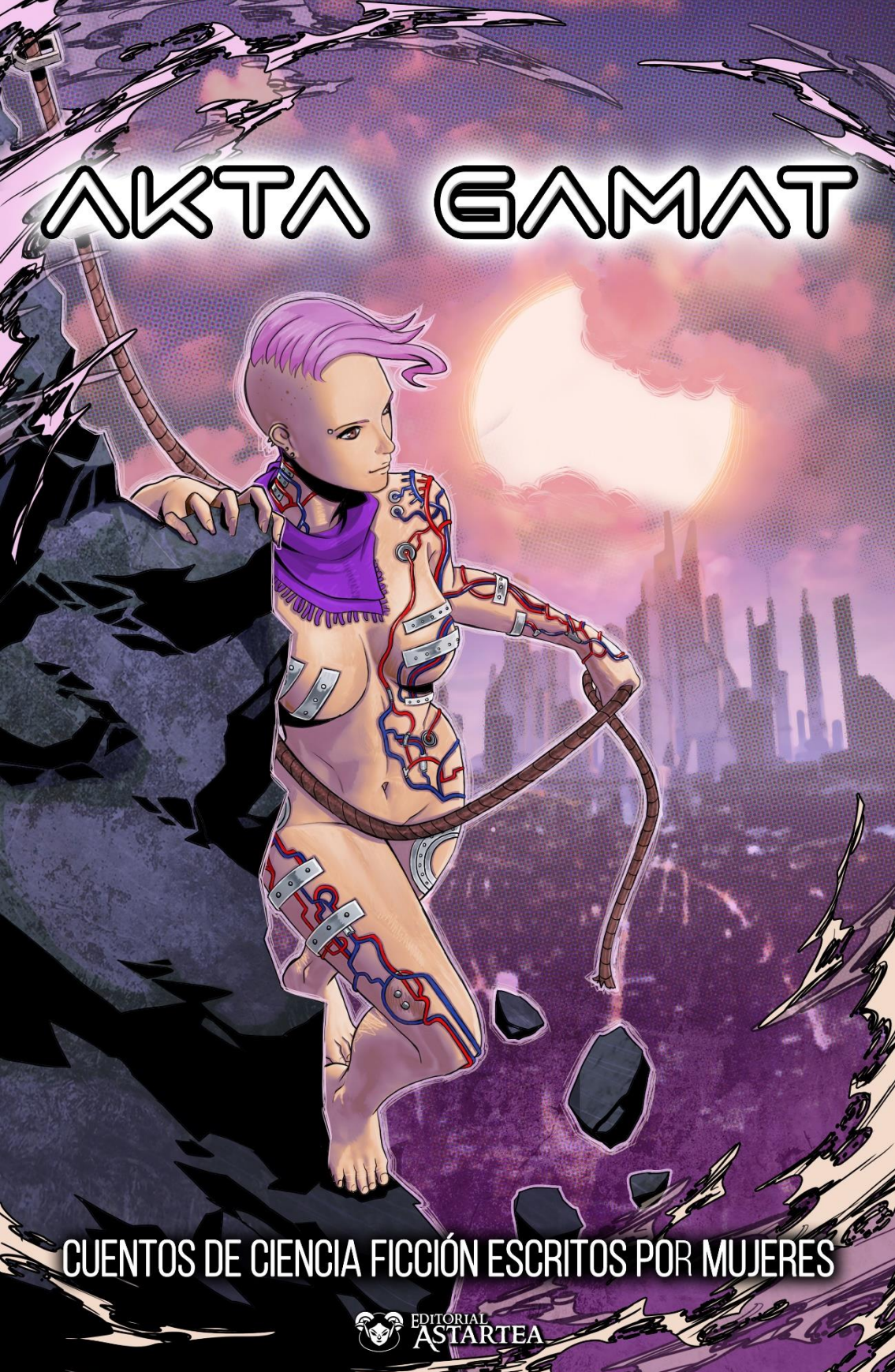


AKTA GAMAT

A cyberpunk-themed illustration of a woman with short, spiky pink hair. She is shown from the waist up, facing slightly to the right. Her body is heavily augmented with mechanical parts: a purple fringed collar, silver bands on her upper arms, and intricate red and blue circuit-like patterns on her chest and abdomen. She is holding a thick, brown, rope-like object in her right hand. The background features a large, bright sun or moon in a purple and pink sky, with a city skyline visible in the distance. The overall style is a mix of comic book art and digital illustration.

CUENTOS DE CIENCIA FICCIÓN ESCRITOS POR MUJERES



EDITORIAL
ASTARTEA

AKTA GAMAT

AKTA GAMAT, Primera Edición. Junio 2023

Varias autoras: © Cristina Mars, Verónica Arévalo Gutiérrez, Sofía Ramos Wong, Zahorí Balmaceda, Leticia Herrera Cubillo.

Antologadores: © Connie Tapia Monroy, Daniel Guajardo.

Editores: © Nancy Ramos, Connie Tapia Monroy, Daniel Guajardo, Luis Saavedra Vargas.

© ASTARTEA Editorial, 2023.

Contacto: astarteaeditorial@gmail.com

Instagram: [@Astarteaeditorial](https://www.instagram.com/Astarteaeditorial)

Diagramación: © ASTARTEA Editorial

Ilustración de Portada: © Karol Fuentealba

Diseño de Portada: © René Hormazábal Durand

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons

Atribución NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Todos los derechos reservados. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



AKTA GAMAT

Cuentos de ciencia ficción
escritos por mujeres



Hipótesis de mujeres situadas en Chile para la gran ronda de voces utópicas de Nuestra América

Desde su título “Akta Gamat”, frase de la película *El quinto elemento* que su protagonista pronuncia para indicar al galán que sólo será besada con su consentimiento, esta antología de cuentistas chilenas se define dentro del género CF y dentro de los feminismos del siglo XXI gracias a los cuales las mujeres y disidencias ya no pedimos permiso para hacer lo que queremos sino que somos nosotres quienes damos o no autorización.

El cruce de relatos de ficción especulativa y voces femeninas ha sido tan múltiplemente marginado de las ediciones, lecturas críticas y difusión, incluso en el fandom, que sigue siendo necesario (a pesar de nuestras ganas de pasar a otras cuestiones y no seguir aclarando estas) hacer un recorte de autoras mujeres para asignarnos el espacio y conseguir la atención que nos merecemos. Podríamos discutir las bondades y defectos de los cupos, los guetos, la discriminación positiva, incluso la violencia machacona de nuestros reclamos, podríamos argumentar a favor y en

contra: todo argumento se silencia ante las fechas, las cifras, las cantidades que miden el espacio y el tiempo durante los cuales se dijo y se creyó firmemente que había «pocas» escritoras, «pocas» (o ninguna) artistas, «pocas» interesadas en la ciencia-ficción o el fantástico, «pocas buenas» o alguna excepcionalmente genial que servía para demostrar que los «onvres» escritores, geniales y muy interesados en la CF, eran personas abiertas y comprensivas que cuando una era «muy buena», realmente, le daban «su» lugar.

Esta antología viene a mostrar que no necesitamos «un lugarcito» para alguna genia entre nosotras, viene a decir que somos muchas: geniales, no tan geniales, malas, desastrosas, corregibles, agrandadas, apichonadas, lo que quieran, pero estamos acá escribiéndonos, leyéndonos, entre nosotras y buscando desplegar nuestras potencialidades y deseos. Y seguiremos concretando estrategias feministas inclusivas y abiertas hasta que la definición sexogenérica externa o interna deje de limitarnos como artistas, el ser «mujer» o ser «hombre» dejen de existir y no definan si tenemos más o menos posibilidades de leer, escribir, ser leídas y estudiadas, criticadas o amadas.

Estos cuentos, además, se hacen cargo de otra polémica clásica dentro de las narraciones CF y que es hija de la revisión realizada por todo un bagaje de estudios

poscoloniales en todos los ámbitos del arte y la ciencia no europeos: la cuestión del relato situado en espacios marginados, lo cual implica: pobres, colonizados, olvidados, feminizados, con marcas corporales y mentales de dominación, avergonzados de sí mismos y de su identidad diferencial, creyentes en una voz imperial que impone modos de pensar, actuar y hablar, modos de ser terrícola o alienígena, modos de investigar y de narrar. Estos cuentos suceden en Arica, en Iquique, en Coquimbo, en Chile, en Nuestra América, acá a la vuelta, en mi casa, en la tuya, con inteligencias extraterrestres que visten «onda más poncho aymara que lycra supersónica» («Todos-todo», de Leticia Herrera Cubillo), en medio de la cotidianeidad que, hasta hace muy poco, era tema «demasiado femenino» para entrar en la literatura y, mucho menos, en una buena historia de ciencia-ficción.

Quiero subrayar, por otro lado, como eje que recorre y trenza los cinco cuentos de este libro, lo que más me gusta de muchos de los relatos CF escritos por mujeres que he leído últimamente: me refiero a la utopía, marca textual e imaginativa que se enrola en una larga tradición amerindia que puede rastrearse hasta los *Comentarios reales* del Inca Garcilazo.

En el primero de nuestros cuentos, «Tríada», tenemos una clara ucronía que mejora nuestras historias nacionales del siglo XIX al retomar la nunca concretada

unión de Nuestra América o, al menos, de algunos de sus territorios hermanos en defensa contra los imperialismos políticos y económicos de las superpotencias. En el cuento de Verónica Arévalo Gutiérrez, las lenguas indígenas están vivas y son prestigiosas, el quechua es hablado y traducido en espacios de centralidad, la música de los charangos no es folklore museístico de los antepasados sino expresión festiva del día a día, la circularidad del pachacuti es la que acuna las vidas individuales y comunitarias.

En «Los observadores», aunque el tema de la abducción alienígena sea un clásico, las personajes de Cristina Mars, una abuela y su pseudo nieta, el manejo de hierbas medicinales y saberes de la tierra y el agua, la posibilidad de una transformación beneficiosa de la cuerpo humana con vegetales, animales y tecnología, el amor a la hibridez, hacen pensar en relatos afrofuturistas como los de Octavia Butler que, aún en la pérdida y la crisis humanas, ven un futuro mejor. Del mismo modo que, en «Todos-todo», el tópico de la invasión extraterrestre y las «defensas» humanas, burlado en sus referencias a películas y eventos mediáticos por Martina Queira Gálvez Casal, la maravillosa y plenamente cargada de conciencia de género, narradora, definida significativamente como «muy joven y no hostil», sirve para desarmar la construcción bélica, contaminante, antropocéntrica que la Humanidad ha asumido en manos los onvres adultos,

blancos, propietarios, heteronormados, a lo largo de la Historia. En este tercer cuento, de voz juvenil y musicalmente sonora en cada regionalismo, cronolecto juguetón, la respuesta a todos los desastres de la humanidad es femenina, infantil, simple y eficaz como chancletazo de abuela.

También siento utópico a la manera feminista, es decir, posible, cercano, crítico del pensamiento heterosexual occidental, bélico, extractivista y jerárquico, el cuento de Sofía Ramos Wong, «Dos soles en el atardecer». La idea machirula de eliminar la oscuridad, de borrar uno de los pares binarios por creerlo menor o «malo», hace que todo el ecosistema terrestre colapse: la «luz» de la razón, del trabajo «productivo», de la actividad humana de acumulación capitalista, es mostrada como el factor desencadenante de toda locura y toda muerte antinatural. La pareja de mujeres protagonistas añora los tiempos en que les humanas mantenían contacto físico entre sí y existía una vida íntima y familiar sin los cubiles individualistas de su presente: la utopía está en el pasado, es decir, en el presente de las que hoy leemos esta historia y estamos a tiempo de revertir el camino lineal para nada heroico que nos depara la «evolución» falocéntrica.

El quinto cuento; «Bitácora», de Zahorí Balmaceda, pareciera hacerse cargo de resumir o sentirse con necesidad de concluir este tipo de utopías que venimos

leyendo: la narradora dice que se define por «la seguridad que me convence día a día de que las cosas mejorarán y que yo formaré parte de ese cambio». Es una voz de mujer que aconseja cómo seguir, que escribe, aunque no sea su especialidad porque necesita dejar registro para otros, que atiende a las necesidades de la cuerpo y del ánimo y que elije ser «en esta lata de atún, un atún feliz». En esta historia la nave «nodriza» típica de todas las historias CF que conocemos, a quien nadie ha festejado nunca sus dotes de cuidadora, es una «madre helicóptero» y ese es su heroísmo: una heroína cóncava, que no abandona, que protege, recuerda, consuela, acompaña y se multiplica en comunidad con otras cuerpos de desiguales texturas pero que se reconocen como «del mismo plumaje», es decir, lo que yo llamo «encontrar la familia cisne» de cada patito feo criado en condiciones desfavorables pero confiando en la utopía de los encuentros.

Creo que, en las cinco historias que nos ocupan, hermosas ejemplos de lo que se está escribiendo en nuestras regiones en este preciso momento, la utopía no se trata de una construcción de mundo aislado y lejano que colapsa como antiutopía o distopía a la primera de cambio, sino de narraciones que sienten profundamente la posibilidad de una esperanza, de multiversos nacidos después de cumplido el ciclo vida-muerte-vida respetuoso de lo salvaje, historias simples y amorosas que logran

«patearle más la madre a los líderes mundiales», en términos bellamente dialectales de Leticia Herrera Cubillo. En estos cuentos, la utopía no es un ideal racional y razonado sino una elección afectiva que siempre estuvo al alcance de la mano y nunca fue tomada por las ideologías del patriarcado: los mundos feministas son mundos mejores para todes, dicen estos cuentos y repetimos todes como un mantra, con una sonrisa beatífica que ya no quiere ser ni tímida ni asustadita.

Paula Irupé Salmoiraghi.

Buenos Aires, Argentina, abril 2023

Tríada

Verónica Arévalo Gutiérrez

Patricia despertó desorientada. Había soñado que se encontraba en una larga fila en el control fronterizo para pasar de Tacna hacia Arica. La fila avanzaba lentamente, como si se detuviera el tiempo mientras bebés lloraban de cansancio y policías revisaban las bolsas de mujeres resignadas a la inspección. Un sueño absurdo, ya que tal control no existía, pero ¿no eran absurdos la mayoría de los sueños? Se restregó los ojos y miró por la ventana del tren. El paisaje se distorsionaba en líneas de colores ocres por la tierra y azules por el mar, efecto visual causado por la velocidad de la máquina. Ya era distinguible la ciudad de Iquique, con los edificios más modernos de Sudamérica. El trayecto desde Tacna había durado tres horas.

Su computador portátil, la última tecnología local que aspiraba a competir con la industria japonesa, estaba en suspensión. En su diseño, se distinguía la imagen de tres líneas rectas de distinta extensión unidas en su centro, similar al dibujo de las infancias para una estrella lejana. Ese era el emblema de Tríada.

—Nuestra propuesta busca contribuir al acceso universal de las tecnologías —explicó Patricia en la

conferencia de prensa realizada el día anterior en Tacna— a través de la inclusión de braille en el teclado y un software de lectura de texto que logran imitar el ritmo de la voz humana de acuerdo a la lengua seleccionada. Pero no es todo, se han logrado abaratar costos con el reciclaje de los materiales a través de la minería en rellenos sanitarios. Todo respetando las orientaciones éticas del espacio integrado establecidas por Perú, Bolivia y Chile en el acuerdo de paz y colaboración de 1920 y fortalecidas con la creación de Triada treinta años después, las cuales esperamos sean un referente mundial para toda la producción de fines de esta segunda mitad del siglo XXI.

Su exposición era clara. Su voz segura y sus movimientos calmos. Era la protagonista.

Aplausos. Fotografías con flash que la encandilaban. La aprobación de la Directiva de la asamblea general de gobierno.

—Felicitaciones —le dijo Marco.

Patricia no le respondió. Pensó que era un cumplido relamido para ocultar que la envidia lo carcomía por dentro. Después de todo, solo dos años antes, él era el jefe de la división de tecnologías informáticas.

Patricia viajó a Iquique para participar como expositora en el congreso que se realizaba para celebrar el centenario de Triada, fundada en el año 1950. La mesa en

que exponía se titulaba: «Conocimiento, tecnología y creatividad: el futuro del espacio integrado tripartito».

—Puff, qué flojera. ¿Por qué tan largo el nombre? —preguntó. Se llevó la mano derecha a la frente para masajearla. Estaba sentada en una oficina sin ventanas como tantas otras en el edificio de la sede regional del Ministerio de Ciencias y Buen Vivir.

—Porque se deben posicionar muchas ideas —le respondió Ramón, su asesor designado, quien se encontraba sentado frente a ella. El hombre se levantó a llenar dos vasos de agua que se encontraban en una mesita de arrimo. Patricia fijó la mirada en la textura de madera de ese mueble.

—¿Y qué esperan de mi disertación? ¿No entienden que solo soy una nerd amante de las tuercas y que no me siento cómoda hablando de política? —continuó Patricia con la vista fija en la mesita.

—Primero, recuerda no usar anglicismos —Patricia lo miró con desdén como una niña resignada a obedecer a su padre—. Segundo, vas a tener que empezar a sentirte cómoda... nada aquí está libre de política. Nacemos como una gran apuesta política.

Ramón le extendió uno de los vasos de agua. Patricia lo recibió y desganada, lo dejó a un lado.

—Deberías hacerme los discursos...

—Eso quisieras, pero lo peor es tratar de adoptar palabras ajenas. Sé tú misma y habla de lo que sabes. Por ejemplo, creo que tu historia familiar sería un buen punto para comenzar.

Patricia lo miró, confundida.

—Es una exposición sobre tecnología, ¿qué tiene que ver mi vida familiar? —la mujer estaba cansada. Sentía que la conversación no iba a ningún lado.

—En este caso, todo —y Ramón sonrió.

La familia. Su historia genealógica fue repetida por su madre como un mantra durante toda su infancia tacneña. Una historia complicada en la que a veces se perdía. Sus progenitores habían nacido en Triada, el padre en Arica y la madre en Calama.

Por linaje paterno, su abuelo era hijo de un chileno que migró desde Linares para generar innovaciones en el área agrícola (la principal actividad del territorio anexo chileno) y de una profesora afro-ariqueña.

Por otro lado, su abuela materna era una enfermera paceña de familia aymara que desde el anexo boliviano fue trasladada al gran foco urbano minero de Calama. Allí conoció al que sería su esposo iquiqueño, descendiente de uno de los líderes de las sublevaciones de las últimas décadas del siglo XIX, realizadas contra los ingleses en el proceso de recuperación de la tierra. Ese antepasado suyo, cuyo nombre aparecía en los libros de historia escolar,

había sido traído desde China en condiciones inhumanas para trabajar encadenado en las guaneras.

A su madre le encantaba decir que, aunque los gobiernos ubicados en Lima, La Paz y Santiago firmaron el acuerdo de 1920, esto no hubiera ocurrido sin la fuerza de los trabajadores que desde Tacna hasta Antofagasta y desde la costa hasta los Andes, enfrentaron a los «infames», designación que usaban los antiguos para ingleses y gringos. Al recuperar la tierra, fundaron el sueño macroandino.

Patricia se sintió cansada al pensar en tanta historia.

—¿Crees que es buena idea hablar de mi familia?... —expresó titubeante—. Quizás deba hablar de otras cosas... cosas menos personales —se extendió en la silla y dirigió su mirada al techo—. Más simpáticas. Menos complejas. A veces siento que tengo cien años como Tríada y eso me angustia.

Ramón la miró condescendiente.

—Si crees que estando allí, escuchando a todos, podrás no sentirte emocionada e involucrada, lamento decirte que te equivocas.

Patricia se puso de pie.

—Odio que no haya ventanas —comentó exasperada. Se mordió el labio inferior dudando de si confesarse era apropiado.

—No nos conocemos hace mucho, pero... —en este punto bajó la voz firme que la caracterizaba— la verdad es que no soy muy patriota.

El asesor soltó una carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Lo sabemos —la interrumpió Ramón—. Siempre lo hemos sabido. ¿Acaso crees que no te investigamos antes de contratarte?

Patricia se sonrojó.

—Tengo todas mis redes codificadas —aseveró con la mirada fija en Ramón.

—¿Y crees que no somos capaces de descifrarlas? —el hombre se acercó a ella. Patricia recordó a su propio padre cuando le iba a dar una instrucción—. Tranquila —continuó—, no nos importa que pienses que somos excesivamente complacientes con nuestros dirigentes. Lo importante es que ahora eres la líder de uno de los proyectos más importantes de nuestro siglo de vida y sabemos que hablarás con dignidad sobre esta tierra y su gente.

Patricia suspiró. ¿Qué decir? ¿Sobre qué hablar?

El acto de apertura inició con el himno plurinacional ejecutado por doscientos charanguistas en el borde costero de Iquique. En el mar, se divisaban réplicas de los barcos que el 21 de mayo de 1879 llegaron a Iquique trayendo provisiones y armamento a los combatientes que luchaban

contra los gringos. Desde Chile, La Esmeralda y la Covadonga. Desde Perú, La Independencia y el Huáscar. De Bolivia, el Katari. La decisión de combatir unidos fue tomada sin dudar por los gobernantes de esa época, pese a que los ingleses habían intentado de todo para convencer a los chilenos de aliarse con ellos y declararles la guerra a los países vecinos. Les ofrecieron sumas importantes de dinero por mantener el control de guaneras y salitreras, pero los chilenos se negaron. La hermandad latinoamericana era más importante que el oro blanco.

Patricia estaba sentada junto a Ramón, en una de las confortables graderías que se habían instalado para todas las personas invitadas. El asiento era cómodo y el mar se observaba tranquilo en su vaivén, que la hizo sentir relajada al punto que temió dormirse. Se sentó un poco más recta y decidió concentrarse en una joven de cabello morado ubicada a su lado, quien transmitía en vivo la ceremonia, gesticulando con la boca palabras en quechua. Probablemente, había descargado la nueva aplicación en que los videos en vivo incorporaban subtítulos según la lectura de labios.

Tras los charanguistas, el presentador invitó a la presidenta de la asamblea a dar unas palabras. La mujer comenzó saludando en las lenguas de cada pueblo para proseguir con una referencia a los hechos históricos que se homenajeaban.

—Si bien tras lo ocurrido el 21 de mayo —comenzó con voz profunda— solo se pensaba en una cooperación tripartita bajo el lema de «América para los americanos», como una segunda independencia, se trataba solo del comienzo de algo más grande, un proyecto sociopolítico que varios miraron con incredulidad. Algunos con miedo —hizo una pausa que le dio solemnidad a su discurso—. Los antiguos líderes sabían que el modelo de Estado-nación había sido una imposición heredada del tiempo colonial...

Patricia observó a la comitiva española susurrando algo entre ellos. Tal vez por las historias que se contaban en su familia, cada vez que observaba a los grupos europeos, su cuerpo se tensaba y sus sentidos cambiaban a modo de alerta. Era como si cualquier posible relación estuviera maldecida desde siglos por la marca de la traición. Ese sentir era parte de sus secretos, ya que decir algo así en público sería condenado como xenofobia.

—... Sin embargo, nuestros pueblos originarios ya habían considerado otras formas de organización macro-territorial. Todas propuestas perfectibles. Todas posibles de mejorar para ser aplicables para una era industrial que vivía el mundo durante el siglo XX...

En el horizonte los barcos se movían con las olas en un efecto hipnótico. Impasible, indiferente a los eventos ocurridos, conmemorados y soñados, el mar estaba ahí en su inmensidad y la hacía sentir pequeña, minúscula,

insignificante. Al final, la mamacocha parecía ajena a cualquier evento épico y Patricia sintió envidia de esa soberbia tranquilidad que transmitía. Ninguna tecnología creada por mano humana podría emular esa grandeza sencilla del mar extendido.

Patricia dejó de escuchar el discurso. Las voces mortales de su entorno inmediato desaparecieron y su mente era como una de las naves que observaba, moviéndose de un lado a otro, acunada por las aguas del Pacífico. Sintió náuseas.

—... La creación de Tríada se oficializó en 1950...
—continuaba el relato de la Presidenta.

Su corazón se aceleró. Demasiada historia. Demasiada carga sobre su cuerpo. A ella le gustaba unir piezas. Inventar. Sintió que respiraba tanto aire que explotaría. Las náuseas seguían y se sumaron escalofríos que le erizaban los pelos de su cuerpo. ¿Se desmayaría? Sin pensarlo, escapó al baño.

Patricia se encerró en una de las cabinas. Probablemente, le llamarían la atención por haberse retirado de esa forma repentina. Ya se excusaría con algo. ¿De qué hablar? ¿Qué decir? Se sentó en la taza del baño y apoyó la frente en la puerta.

—No puedo creer que tengamos que aguantar estas prepotencias... —escuchó a alguien decir en inglés. Patricia subió los pies a la taza.

—Juran que inventaron el paraíso. No son más que un montón de indios jugando a la ciencia. Ni siquiera son capaces de explotar todo el potencial de este territorio. Un desperdicio.

Sintió la sangre hervir. Por una pequeña rendija pudo observar a dos mujeres rubias lavándose las manos.

—¿Viste cómo se vestía la presidenta? —la mujer sacaba un labial para retocar su maquillaje.

—Y espera el almuerzo —señalaba la otra, mientras se aplicaba una crema en el cabello—. Te apuesto que se trata de puras patatas con maíz molido.

Allí, paralizada en la taza de baño, Patricia vio cómo las dos mujeres se iban.

—¿Dónde estabas? —Le preguntó Ramón.

El acto inaugural había finalizado con un cuadro de tinku y saya. Ahora proseguía el almuerzo.

Patricia solo asintió. ¿Sentía rabia o pena? Tal vez, era vergüenza de pensar que eran respetados en el mundo...

—El presidente de la comisión de investigación científica quiere hablar contigo. Le dije que apenas te encontrara, iríamos a conversar con él en el salón Túpac —continuó Ramón, lejano a los sentires de Patricia.

Pascal Núñez era quien detentaba el cargo de presidir la comisión de investigación científica y saludó a Patricia estrechándole la mano. En el salón también

estaban Graciela Alvarado, la jefa de la sección de Química y Farmacia, y Omar Mamani, el encargado de soberanía alimentaria. Patricia los conocía a través de las reuniones virtuales que tenían una vez cada dos meses. Sabía que Graciela estaba en La Paz y Omar en Santiago. Cada uno de ellos, estaba acompañado de su respectivo asesor designado.

Tomaron asiento en el salón. Un joven les ofreció beber distintos tipos de chicha. Los tres investigadores solo pidieron agua.

—Bueno, les he reunido aquí para que conversemos sobre los últimos avances de sus áreas y poder informarlas durante el Congreso —expresó sin preámbulos Pascal, tras lo cual tomó de su vaso con chicha morada.

Patricia miró confundida a Ramón. Notó que sus dos colegas también manifestaban extrañeza en sus rostros.

—Lo último fueron los medicamentos para tratar el mal de Chagas —comentó Graciela rápidamente— se presentó hace un mes, pero puedo volver a exponerlo...

—No, no —le interrumpió Pascal—. Me refiero a los estudios para personas insulino-resistentes.

Patricia observó a Graciela contrariada.

—Aún no hemos realizado las pruebas —respondió. Su voz se oía más severa que de costumbre—. No podemos presentar algo que no haya pasado por los estudios correspondientes.

—Creo que no me entiendes —Pascal se acomodó en su silla y aumentó su estatura—. No es una consulta, es una instrucción.

Patricia tragó saliva. ¿Sería acaso posible que Pascal supiera de su pequeño proyecto?

—Queremos que se presente el estudio de insulina, el de la restauración de tomates limachinos —al decir esto, dirigió su mirada hacia Omar— y el nuevo código computacional basado en los quipus.

Al escuchar esto, se le detuvo el corazón.

—Eso ni siquiera es un proyecto oficial. Ha sido solo una elucubración que hago en momentos de ocio —dijo Patricia, aterrada.

Pascal tosió.

—Todo lo que hagas es oficial—. Calló un segundo y endulzó la voz—. Lo que estás haciendo es de suma importancia, es revalorizar que los lenguajes andinos poseen alcances a futuro que pueden redefinir nuestra posición en el mundo. Es una nueva epistemología. ¿No comprendes lo hermoso y trascendental qué es?

—Por ese mismo motivo, no puedo presentar algo que quizá ni siquiera sea real —Patricia sudaba frío. Volvían las náuseas, los escalofríos, el exceso de aire en sus pulmones.

—Será real porque lo harás real.

Al salir del salón, Ramón le informó que su habitación era la 521, con vista al mar.

—Gracias, traidor —le respondió Patricia indignada. Sentía su rostro enrojecido por la rabia.

La pieza del hotel era iluminada con un enorme ventanal mirando el borde costero. No le importó. Programó el modo de «viaje nocturno» y toda la habitación se convirtió en un gran telón en que se proyectaban imágenes de la selva centroamericana, mientras se oían sonidos de aves tropicales.

—Así es —dijo en voz alta— prefiero dormir en una selva en la que no crecí porque estoy cansada de la aridez del desierto.

¿No son los sueños ilógicos? Tríada tenía una variedad de ecosistemas en su territorio, pero la zona desértica costera y la sierra eran el núcleo identitario del país, relegando a los valles, bosques y selvas como simples anécdotas marginales, invisibilizadas, ninguneadas, apenas paisajes para turistas que nada tenían que ver con la épica del macro proyecto andino-obrero-tecnológico. Pero Patricia siempre soñaba con la selva. El verde cálido y húmedo estaba en su corazón, aunque ninguna memoria familiar tuviera vinculación a esas tierras aromatizadas y fértiles. A veces pensaba que era la reencarnación de un espíritu chamánico que trasmuta su naturaleza a través del lenguaje binario ¿no

eran acaso las transformaciones de humanos a animales como el jaguar una recodificación del propio cuerpo?

Quiso arrancar. Estrechó su rostro contra la almohada y emitió un grito ahogado. Inquieta, decidió salir de la pieza y del hotel. Quizás podría irse de la ciudad.

—¿Qué haces aquí sin tu perrito faldero?

Patricia reconoció la voz de inmediato. Era Marco, su antiguo jefe.

—No te importa —contestó y bebió un trago largo de cerveza. Estaba sentada en la barra de un bar cercano al hotel que encontró abierto a esa hora.

—Te equivocas. Claro que me importa saber, por morbo, qué le sucede a una de las informáticas más prominentes de nuestra era.

Patricia observó que el hombre tenía más pelo en su cabeza, incluyendo algunas canas que, tal vez, antes se teñía.

Marco se sentó a su lado y pidió un shop. Ella no se movió.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —expresó Patricia. Observando con detención la barba, que también estaba distinta, no tan prolija y con vellos rojizos. Marco asintió—. ¿Por qué te echaron?

El hombre sonrió.

—¿Por qué crees que me echaron y no que me fui?

Patricia guardó silencio. Era cierto que nunca nadie dijo oficialmente que lo desvincularon, pero era lo obvio ¿Quién se iría de un cargo así de importante?

—Los antiguos decían que los *pachas*, los tiempos y espacios tenían ciclos que se iban superponiendo, desplazándose entre sí del centro. Cuando ocurría uno de sus desplazamientos era un *pachacuti* o vuelta de mundo —inició Marco moviendo las manos teatralmente tal como lo hacía en sus múltiples presentaciones científicas y mediáticas—. Mi salida fue el fin de un *pacha* en que yo estaba en el centro porque simplemente me cansé. Sé qué pensarás que soy un idiota como todos lo creen —el shop había llegado. Marco interrumpió su soliloquio para agradecer al barman—. Sé que nadie comprende, ya que ahora soy solo un ayudante de una investigación con miles de ayudantes, pero ¿sabes? Soy mucho más feliz —en este punto Marco bajó la voz— puedo inventar cosas sin que todo sea secuestrado por el gobierno para gloria de un país que tiene los mismos problemas que el resto, pero que hace vista gorda, convencidos de que somos mejores.

Esto último le erizó los pelos a Patricia.

—No debiste decirme eso —le espetó. Bebió otro trago. La cerveza se sentía tan bien.

—Lo sé, pero también sé que tú no me vas a cagar. Hace solo dos años eras mi ayudante y algo que siempre admiré de ti fue tu rectitud. Por eso te felicité honestamente.

Sé que eres alguien que no traicionaría sus principios por algo tan banal como la fama o el poder.

Patricia guardó silencio.

—Me voy a dormir. Que descanses —expresó al fin.

—Descansa warmisitay —respondió Marco haciendo con su mano una señal de la cruz a la altura de la frente de Patricia.

Había dormido tres horas. La resaca la tenía con la boca seca y la sien palpitando. Debía reunirse con Ramón en el primer piso para revisar su exposición. Aún no podía creer que ese hombre tan gentil que le aconsejaba como a una hija, la hubiera entregado sin más, a la asamblea general.

—¿Se te pasó el enojo? —le dijo Ramón como si se tratara de una niña taimada.

—¿Por qué? ¿Por qué les contaste algo personal, algo que era solo mío? Solo eso quiero saber ¿Por qué? —le dijo Patricia. En esta ocasión la oficina sí tenía ventanas, por lo que ella se mantuvo de pie mirando el paisaje de cerros de tierra.

—Porque es mi trabajo. Todos aquí debemos hacer nuestro trabajo para que esto funcione. No lo tomes personal. Tienes una oportunidad única y te voy a ayudar a que brilles —le respondió el hombre sin dudar—. Siéntate y comencemos con tu exposición.

Ante la solicitud de Ramón, Patricia se dirigió a una silla y sacó unos papeles doblados de su bolsillo que empezó a leer sin ganas. El asesor le pidió que le pusiera más energía y que, incluso, abandonara el intento de lectura para realizar algo más emotivo y personal.

—Si alguien quiere saber de la investigación, puede leer los informes que tenemos en línea. Así que hálame de ti.

Patricia bebió agua, hizo crujir la espalda, se irguió en su asiento e inició el simulacro de discurso.

—Buenas tardes. Gracias por la invitación —su voz era clara y firme, tal como en la exposición en Tacna—. Mi madre nació en Calama y mi padre en Arica. Mis abuelos eran de La Paz, de Calama e Iquique, Arica, del sur de Chile, y a su vez sus padres venían de otros lugares, multiplicando mis orígenes. Soy aymara. Soy afro. Tengo algo de los culíes, esclavos chinos traídos por gente que se creía con derecho a ser dueños de otros.

—Vas bien, pero saca lo último. Entre los presentes hay franceses, portugueses y otros europeos esclavistas. Continúa.

—Me pidieron hablar del futuro, pero tengo que partir del pasado. Tríada es movimiento, diálogo e integración. Sabemos que alguien no es de aquí cuando hace comentarios xenófobos hacia argentinos, paraguayos

y ecuatorianos, hermanos iguales a nosotros que buscan una mejor vida en nuestra tierra.

Ramón la miraba fijamente.

—Porque los tríadanos sabemos que tu lugar de nacimiento no es relevante. Tampoco lo es tu color de piel. Ni tu lengua. Lo importante es tu trabajo y cómo trates a otros. La consciencia de la importancia de nuestro trabajo y la dignidad que merecemos por realizarlo es lo que nos llevó en 1879 a unirnos para expulsar a los infames...

—Te interrumpo otra vez. Va a estar el embajador británico, así que no hables de «infames».

—Lo importante —continuó Patricia —es que toda nuestra historia se transformó por el simple gesto de privilegiar a los trabajadores por sobre los intereses de algunos patrones. De optar por la colaboración en lugar de la mezquina lucha que otros países hermanos han errado en escoger. Pero sobre todo por evaluar que no podríamos vivir eternamente del salitre y del guano y, por tanto, formarnos como creadores de saber. Así, la presencia de recursos naturales que han cobrado relevancia como el cobre, el litio, el gas, han facilitado la tarea, pero no ha sido lo fundamental, ya que su explotación desmedida dañaría irremediablemente nuestro ecosistema.

Inspiró profundo. Había olvidado por completo el título de la mesa. No sabía cómo continuar.

—Gracias —finalizó.

Observó a Ramón.

—Para sentirte incómoda con la política, fuiste muy política —le comentó el hombre.

—¿Y eso es bueno o malo? —consultó ella.

—Ninguno de los dos, pero hay que tener cuidado, muchas cosas que dijiste son incómodas...

—No comprendo por qué debo preocuparme por no incomodar a gente que nos desprecia —explotó Patricia y procedió a contar lo del día anterior.

Ramón se quedó pensativo.

—No dejes que algo así te amargue. Lamentablemente, existe mucho racismo pese a las décadas de lucha, pero no podemos comportarnos como ellos, debemos ser mejores...

—¡Basta con esa postura de superioridad! ¿Por qué insistimos en creernos mejores para merecer respeto? Además... —las palabras se atoraron en la garganta—. Además, todo esto es una mentira —Patricia estaba al borde del llanto. Dudó por unos segundos, pero decidió contarle parte de la conversación con Marco, omitiendo algunas declaraciones más comprometedoras—. Me dijo que ahora podía inventar sin que se lo arrebatara todo, entonces ¿va a ser siempre así? ¿No voy a poder hacer nada sin que sea informado?

—Tranquila —dijo con suavidad Ramón y se sentó a su lado— primero que todo, no deberías dejar que un tipo

como Marco se meta en tu cabeza. No debería contarte esto, ya que es un proceso confidencial, pero Marco le estaba vendiendo nuestras investigaciones a los gringos.

Patricia se llevó la mano a la boca. Estaba en shock.

—Se descubrieron mensajes cifrados en navajo desde su cuenta en un equipo extranjero que hablaba del software de transcripción que estaban realizando hace dos años. La situación es muy grave y antes de que preguntes, no lo han expulsado por seguridad, ya que revisan sus equipos sin que él lo sepa hasta saber todo lo que entregó.

—O sea, lo siguen investigando sin que él lo sepa...

—susurró Patricia.

—Suenas terrible dicho así, pero ¿sabes? Es más fácil cuando acoges en tu ser la profunda convicción de que nuestras individualidades no son tan importantes como nuestro proyecto colectivo, es decir, piensa en lo que tus antepasados han entregado para construir una sociedad mejor...

El discurso de Ramón se transformaba en una suma de sonidos ilógicos.

—Quiero ir a la playa —dijo Patricia, cuyo llanto estaba por brotar en cualquier minuto.

—Después de la conferencia, yo mismo te llevaré a la selva si lo deseas.

Patricia comió, conversó y estrechó manos de personas desconocidas con una sonrisa entrenada durante las sesiones de asesoría con Ramón. Cuando se sentó para su conferencia, fue como interpretar una obra de teatro en el que ella era la actriz principal.

Ojos mirándola. Cientos de ojos fijos en ella. Hablar de la utopía imperfecta a racistas dispuestos a secuestrar el conocimiento creado.

—Buenas tardes —comenzó Patricia—. Gracias por la invitación. Mi madre nació en Calama y mi padre en Arica...

Las palabras que en algún momento le parecían llenas de sentido, ahora solo eran carcasas inútiles. Ella misma era una carcasa de carne que cargaba el peso de una historia que no escogió. De sus padres que entregaron su trabajo a un ideal que se fragmentaba. De sus abuelos trasladados con la promesa de un mejor futuro para sus descendientes como ella. Y todo era tan frágil como una frase incorrecta, un invento en manos equivocadas o la siempre débil voluntad humana.

—Porque las hijas e hijos de esta tierra sabemos que tu lugar de nacimiento no es relevante —continuaba su representación de investigadora comprometida con su país, repitiendo el discurso elaborado con Ramón, sílaba a sílaba.

—Y en este camino, podemos soñar, por ejemplo, con un lenguaje computacional basado en los códigos de los quipus, sistemas de comunicación y registro de los antiguos construido desde tipos de nudos y colores, variables que podemos codificar para construir una nueva matriz informática que reconoce el potencial epistemológico de nuestros pueblos.

Aplausos. Fotografías con flash que la encandilaban. La aprobación de la Directiva de la asamblea general. Más aplausos. Distinguió en el público a Marco, serio, apenas aplaudiendo, quizás desilusionado al ver este, el evento de su corrupción. O tal vez defraudado de que no hubiera abandonado todo para que él asumiera de nuevo. Al final, no se podía confiar en nadie.

Patricia caminó entre la gente y salió a la terraza. Era un día tranquilo en Iquique. El mar era azul intenso y el tren se desplazaba silencioso en medio de los imponentes edificios.

Los observadores

Cristina Mars

Inara vivía junto a su abuela en una modesta casa de la comuna de Ovalle, región de Coquimbo. Sus padres desaparecieron cuando ella tenía cuatro años. Entonces, la anciana acogió a la niña y la crio como si fuera su propia nieta, aunque no tenían lazos de sangre. Aunque esto último ella nunca lo supo.

En su niñez, Inara a veces despertaba por las noches algo agitada. Ella creía ver a través de la ventana luces muy brillantes que venían del cielo a visitarla; era como si las estrellas bajaran del firmamento. Se quedaba quieta hasta que las luces entraban a su habitación y la elevaban, pero en ese instante, ella caía en un sueño profundo. Al llegar la mañana, se sentía cansada, y mientras se vestía para ir a la escuela, vagamente en su mente percibía que aquellas luces la levantaban, pero luego de eso no recordaba nada más. En esos días, su abuela la reprendía al verla adormilada y la llevaba rápidamente al baño a lavarse la cara para despertar.

Inara siempre presentaba moretones en sus brazos y piernas. Ella trataba de recordar alguna caída o golpe, pero no encontraba explicación.

—Chiquilla —le decía su abuela Amalia—, usted siempre anda con moretones porque es bastante torpe y se golpea sin darse cuenta. Ahí tiene el resultado pues. Le compraré zapatos de su tamaño, porque estos que le regaló la señora Mercedes son muy grandes para usted, seguro por eso anda a los tropezones y le quedan esas marcas.

Sobre las visitas, un par de veces la muchacha intentó decirle a su abuela acerca de las luces, pero la anciana era terca y nunca quiso saber sobre ello. Cada vez que podía, Amalia evitaba el tema, por lo que Inara desistió de querer contarle más cosas.

A medida que iba creciendo, comenzó a darse cuenta de que las marcas y moretones siempre los descubría la mañana después de que las luces la visitaban. Eso la extrañaba, pero finalmente dejó de darle importancia, pues las visitas se hicieron cada vez más escasas mientras entraba en la adolescencia, hasta que las luces prácticamente dejaron de aparecer en sus sueños.

Un día, cuando ya tenía dieciséis años, luego de llegar a casa desde la escuela, Inara se sintió algo incómoda. Le dolía el estómago, así que se recostó en el sofá para descansar, mientras su abuela llegaba del pueblo, luego de ir a buscar algunos víveres para la semana.

Un pequeño remezón de la tierra hizo que la joven se despertara sobresaltada. Una luz amarilla fosforescente iluminó la habitación y algunas sombras alargadas se asomaron por la puerta, que se abrió sin que nadie la tocara. Inara estaba paralizada y solo podía mantener sus ojos abiertos para ver la escalofriante escena que se presentaba frente a su mirada; como otras tantas veces cuando niña.

Cuatro seres grises de delgados brazos que terminaban en tres largos y deformes dedos, se acercaron a ella como si estuviesen acostumbrados a aquello. Como si fuese una rutina que repetían cada cierto tiempo. Se ubicaron alrededor del sofá y la observaron con detención durante lo que para ella pareció una eternidad. Luego le hablaron con la mente. Le dijeron que la observaban desde hacía mucho. años.

—¿Nos recuerdas Inara? —Escuchó una voz aterradora en su interior, mientras veía que los seres alzaban sus brazos sobre ella.

La sala de estar se inundó de un color naranja radiante y en ese momento la joven comenzó a levitar. Luego de unos segundos, Inara se sumió en un estado de adormecimiento en el cual no podía distinguir lo que era real de lo imaginario. Sintió una presión en el pecho, casi no podía respirar, entonces, se dejó vencer y su conciencia se desvaneció.

Al regresar, Amalia encontró la puerta de la casa abierta y con resignación ingresó al hogar. Inara aún estaba recostada en el sofá, se encontraba muy rígida y con los ojos abiertos. La anciana se acercó a ella y le tocó la frente para verificar que solo estuviera en estado de letargo. Luego, atrajo una silla del comedor y se sentó a su lado.

Pasaron algunos minutos e Inara despertó de su sopor incorporándose de inmediato. Su abuela le tomó la mano, pero la joven estiró los brazos a su alrededor y los cerró con fuerza. Entre sollozos le contó a la mujer que las luces la visitaron, que la observaban desde el cielo, como en su niñez, pero que esta vez pudo recordar todo lo sucedido. La muchacha estaba aterrorizada.

—Me llevaron a una nave esférica —le dijo Inara a su abuela—, por dentro todo era redondo, sin esquinas, no había ningún ángulo en su estructura, fue como si en un parpadeo hubiera llegado al interior. Me vi recostada sobre una camilla de un material que no puedo describir. Estaba desnuda y sentía mucho frío. Ellos me rodeaban, acercaban sus cabezas a mi rostro y con sus grandes ojos me escudriñaban, alcancé a ver seis de ellos, todos eran de gran altura y con brazos largos. Escuchaba sus voces susurrar en mi cabeza, abuela, sólo el sonido de un zumbido agónico se oía fuera de mi mente. Dos de ellos recorrieron mi cuerpo con sus dedos que dejaban un rastro

viscoso sobre mi piel. Luego sentí pinchazos en mis ingles y vi unos delgados hilos transparentes salir de ellas. Entonces, un líquido entró por ahí y quemó mi interior. Se sentía como ácido recorriendo mis entrañas. A pesar de no estar atada a ningún artefacto, yo no podía moverme. Traté de gritar varias veces, abuela, pero lo único que conseguí fue que introdujeran más de ese líquido corrosivo en mi cuerpo. El dolor me invadía en cada centímetro.

»—Tengo miedo —confesó Inara, llorando desconsoladamente—. ¿Qué me está pasando? ¿Fue un sueño acaso? Me duele mucho —dijo, mientras se desvestía quedando en ropa interior. Pasó su mano por el lugar donde le habían inyectado el líquido en su sueño y sintió una leve hinchazón sobre la piel. Luego le mostró a Amalia, quien abrió los ojos y parecía sorprendida.

—Ya pues, mijita, vístase luego que hace frío —dijo la anciana a Inara sin otorgar mucho interés en lo sucedido, mientras le ponía sobre la espalda una manta que había en el sofá—. Seguro que fue un sueño chiquilla, así que le haré un agua de hierbas y luego se va a dormir.

—No quiero dormir, abuela. ¿Y si regresan por mí?, —dijo casi gritando la muchacha.

—Yo me quedaré despierta hasta tarde esta noche, así que no tiene por qué tener miedo, nadie va a venir, fue solo un mal sueño —dijo Amalia, dando por terminada la conversación.

Con mucha dificultad, Inara logró ponerse de pie para ir a su habitación.

—Abuela, por favor no me deje sola —rogó la joven.

—Vaya, póngase el pijama y me espera acostada, ya le llevo la infusión con hierbas que sé la harán dormir y descansar por esta noche —le respondió Amalia a la muchacha tomando sus manos en señal de confianza.

Inara se dirigió a su cuarto lentamente y al entrar sintió un aroma que se le hizo conocido. Aguas bromosaturadas. Entonces, recordó con nostalgia, cuando era muy pequeña, la única vez que fue a las Termas de Socos con sus padres para que ellos se curaran de esas raras afecciones en la piel que les habían aparecido de un momento a otro durante ese verano. Ella investigó sobre las termas, pues era el último lugar que recordaba al que había ido con sus padres, y sabía perfectamente la composición de sus aguas. Ese aroma difícilmente lo olvidaría. El haber recordado eso le dio un poco de paz mental y pudo ponerse el pijama para meterse a la cama como le había dicho su abuela.

Cuando Amalia llegó a ver a Inara, le entregó la taza y se aseguró que bebiera todo el líquido, luego arropó a la muchacha y apagó la luz.

Al salir de la habitación sintió el cansancio de los años que llevaba a cuestas. Se recostó en el sofá y los recuerdos de la infancia de Inara invadieron su mente.

Por favor, deténganse, se los ruego, me duele mucho, gritó Inara en su mente.

Los seres grises, los observadores, tenían a la muchacha dentro de un saco transparente lleno de una sustancia viscosa que estaba conectada a varias cánulas, unas más gruesas que otras, las que juntas creaban una maquinaria infernal. Inara se retorció de dolor y, por más que trataba, no lograba sacar los tubos que tenía conectados a su nariz, por donde entraba un líquido ardiente a sus pulmones, como si estuviera en el vientre materno. Luego, solo veía luces brillantes y oscuridad en un pulso de claridad y sombra que se hacía eterno en su agonía.

A partir de ese día, las visitas de los observadores fueron cada vez más frecuentes. Las marcas en el cuerpo de Inara eran evidentes. Pequeños orificios alrededor de su ombligo, cicatrices casi imperceptibles detrás de sus orejas, cortes milimétricos entre los dedos de sus pies, así, ellos dejaban mínimas señales de sus encuentros.

El cansancio la invadía cada mañana posterior a las visitas y Amalia notaba su semblante, como si la joven estuviera desconectada de la realidad. Pero ella no podía hacer nada, porque su destino estaba sellado desde hacía mucho tiempo. Amalia solo era la cuidadora y debía tener

a disposición de los observadores a la muchacha, al igual que mantuvo a sus padres, hasta que una noche se los llevaron y jamás regresaron.

—No quiero levantarme hoy, abuela —dijo esa mañana Inara al despertar—. Me siento muy mal, me duele el estómago y el cuello, no la cabeza, sino el cuello.

No era día de escuela, por lo que le rogó a Amalia que la dejara quedarse en cama.

—Mijita, voy al pueblo a dejar la ropa limpia de la señora Mercedes —le dijo la anciana, alzando la voz, desde la cocina—. Anoche me quedé planchando hasta tarde, así que debo ir pronto a dejar el encargo. Quédese tranquilita, le voy a llevar un tecito y, cuando se lo tome, siga durmiendo, ¿ya?

Al terminar de decir esto, la mujer sacó un frasco de la alacena con algunas hojas de hierbas secas. Las echó a la taza preferida de Inara y luego rellenoó con agua recién hervida.

Llevó la taza en una bandeja junto a un plato con tres galletas de agua. Si le dolía el estómago, eso sería lo que usualmente debería comer. Inara se encontraba sentada dentro de la cama, así que estiró los brazos y recibió la bandeja. Amalia se despidió cariñosamente de la joven y salió.

Esa mañana, la abuela de Inara tomó un bus hacia Combarbalá, aunque no hacia la casa de la señora

Mercedes. El destino final era una pequeña quebrada muy cerca del Observatorio Astronómico Cruz del Sur de Combarbalá. Desde hacía más de treinta años, Amalia iba al encuentro del mensajero de los observadores a ese lugar, donde ellos le habían ordenado que se presentara siempre que recibiera la señal, aquel mensaje que surgía en su mente cuando llegaba el momento.

Los padres de Inara no fueron los primeros a quienes cuidaba para ellos, pero esta vez era diferente.

Al bajarse del bus en la carretera, Amalia caminó unos cuantos metros hacia el norte del paradero, miró para ambos lados y cruzó la calzada dirigiéndose a las coordenadas que tenía memorizadas desde hacía mucho tiempo. Una luz brillante que apareció en el cielo de la clara mañana le avisaba que estaba en el camino correcto. Siguió caminando por un sendero pedregoso en el que nadie parecía haber caminado en años. Era un lugar solitario, escondido y misterioso, al que solo unos pocos habían sido invitados a entrar.

Inara bebió de la taza con té de hierbas y su sabor le pareció más amargo que de costumbre. De igual forma, terminó el brebaje cuyo último sorbo le dejó en la boca una pequeña hoja de alguna de las hierbas que contenía. Se

volvió a recostar y sin sacarla de su boca, para apretarla con la lengua contra su paladar. Un sabor aún más amargo surgió de ella. De pronto se sintió extraña y la penumbra invadió su habitación, siendo solo las diez de la mañana. Una pesadez cayó sobre su cuerpo y al tratar de incorporarse se dio cuenta de que sus movimientos eran tan lánguidos como si estuviera en una película en cámara lenta. En su cabeza escuchó un zumbido que se hacía cada vez más insoportable y aquel apocalíptico pulso de claridad y sombra que veía en sus viajes, se presentó frente a ella en ese instante.

Los observadores, a pesar de que era de día, venían por ella otra vez.

—Come de esa hierba, mastica su poder —le dijeron los seres de dedos deformes—. Que ingieras ese néctar es el inicio de la transformación.

Inara quedó aterrorizada con aquella revelación. ¿Qué querían decir con esas palabras? ¿Por qué hablaban de transformación?

—¿Acaso estoy destinada a convertirme en un ser gris como ustedes? ¡No quiero desaparecer! —les gritó tan fuerte como pudo dentro de su mente, justo antes de caer en un nuevo estado de aletargamiento.

Amalia estaba cansada, llevaba muchos años al servicio de los observadores, su cuerpo ya no resistía los viajes como antes y las largas caminatas por senderos casi inaccesibles hacia el punto de encuentro. Un círculo de piedras en la hendidura de la quebrada, apenas perceptible al ojo humano, demarcaba el lugar donde debía esperar a que el mensajero de los observadores bajara del cielo para entregarle los compuestos que culminarían la transformación de Inara.

A veces, Amalia se preguntaba cuántos cuidadores habría alrededor del mundo. Nunca creyó que ella era la única. Eso era imposible, ellos deben estar poblando el mundo entero, pensaba, desde que la primera misión le fuera encomendada muchos años atrás. No sabía por qué la eligieron. Ellos nunca le hicieron ningún daño; solo le ordenaron hacer su labor comprometiéndose de por vida a ello. Los observadores le entregarían sistemáticamente a los elegidos para que los cuidara hasta que estuvieran preparados y listos para su transformación.

La luz del sol de mediodía se vio interrumpida. La aparición de la nave sobre Amalia se interpuso a la gran esfera amarilla, otorgando sombra al terreno sobre el que se encontraba de pie. El cuerpo de la nave era tubular, parecido a un tronco, y su exterior, que asemejaba estar hecho de cristal, brillaba con el reflejo de los rayos del sol.

No poseía ninguna ventana que dejara ver hacia el interior, pero ella sabía que la estaban observando desde allí.

Cerró los ojos al oír el ahogado sonido de propulsores mientras la nave se ubicaba sobre el círculo de piedras, permaneciendo suspendida en el aire, flotaba. Cuando escuchó el golpe de aire comprimido supo que la escotilla estaba por abrirse y que el mensajero aparecería para hablarle. Entonces, inspiró y abrió los ojos.

Materiales desconocidos daban corporeidad al mecanismo que enviaban los observadores a hacerse presente frente a la mujer. Tenía aspecto humanoide. Un cráneo transparente lleno de circuitos iluminados, unido por una espina dorsal hecha de vértebras metálicas a un torso de material flexible, y que se mantenía en pie sobre dos extensiones largas similares a piernas. Los brazos articulados sobre lo que parecían huesos de metal estaban cubiertos por un material oscuro y también flexible. La entidad se desplazaba sin tocar el suelo. También flotaba.

El reflejo del sol sobre el cuerpo del organismo no humano hizo que Amalia retrocediera y perdiera un poco el equilibrio sin llegar a caer. Sus pies ya no eran tan firmes como antes, los años la hacían torpe sobre el terreno pedregoso.

El ser mecánico tenía la misión de entregarle a Amalia los dispositivos y sustancias que eran fundamentales para su labor.

—Mujer —le habló con voz neutra la máquina—, he traído las mixturas para que hagas vivir las hierbas de la transformación en tu mundo. La última cosecha ya ha sido utilizada. La criatura debe entrar en última fase, se hace preciso. Sigue las instrucciones de quienes me envían y habrás realizado el trabajo que se te ha ordenado y al que fuiste destinada —dijo el ser mecánico mientras una caja de cerámica blanca levitaba hacia ella. Amalia solo extendió sus manos para alcanzarla y asintió mirando los ojos del enviado, un par de cavidades oscuras en el rostro del humanoide con un brillante punto azul, muy profundo.

La mujer guardó la caja de cerámica en un bolso que había llevado consigo mientras el autómatas se deslizaba hacia el interior de la nave. Se quedó ahí hasta que vio la compuerta cerrarse y se escuchó el zumbido característico cuando la nave se elevaba hasta desaparecer en el cielo, luego caminó por el sendero hacia la carretera hasta llegar al paradero y se dispuso a esperar el próximo bus que la llevaría de regreso a casa.

Esas sustancias que le habían entregado los seres milenarios eran la conexión vital que se necesitaba para culminar el cometido transformador.

El proceso consideraba dos etapas. Las visitas desde la implantación del huésped, hasta que el espécimen estaba preparado para la metamorfosis, era la primera fase. Comenzaba una vez que los observadores le

entregaban a Amalia el ser humano que sería la incubadora. La mayoría de las veces se trataba de un infante que, al crecer y desarrollarse, llevaría consigo al huésped hasta el momento apropiado. Luego, la segunda etapa, cuando la cuidadora debía intervenir otorgando la esencia final a la gestación del híbrido.

Amalia había preparado durante más de diez años a Inara, dejando que las visitas ocurrieran de acuerdo con lo planificado, cuidando que ella no recordara y manteniéndola sana, bien alimentada, realizando una vida tranquila. Pero la joven era un ser muy intuitivo y siempre recordó algunos fragmentos de las visitas. Y ahora que la transformación era inminente, la mujer intuía que Inara tenía la certeza de que todo era real. Había llegado el momento, el proceso debía concluir. Al llegar a casa entregaría el almácigo recibido al recipiente incubador.

Inara despertó de su pesadilla y se sentó de inmediato en la cama. Estaba muy confundida y tenía miedo. El estómago seguía doliéndole, tenía arcadas y temblaba.

—¡Abuela! —gritó, sin atreverse a levantarse, pero nadie respondió. Lloró durante unos minutos hasta que el sonido de las llaves abriendo la puerta la reconfortó. Se levantó y corrió hacia la entrada. Amalia la recibió con una

mirada seria, pues sabía lo que pronto sucedería—. Abuela, estuvieron aquí de nuevo —le dijo entre sollozos mientras la abrazaba.

—Mijita, por favor tranquilícese, que no ha pasado nada —mintió—. Le traje unas hierbitas nuevas que le van a hacer bien para el dolor de estómago, le aseguro que se le va a pasar ligerito. Me las dio la señora Mercedes —mintió de nuevo.

La apartó de su lado con pesaroso disimulo y se dirigió a la cocina con el bolso. Inara la siguió.

—Quédese sentadita acá en el comedor mijita, yo le traigo al tiro la infusión —le ordenó Amalia.

—No quiero estar sola abuela —le respondió la joven mientras se sentaba en el comedor con la mirada perdida dentro de la total desesperanza.

Amalia puso el bolso sobre el mesón de la cocina y luego abrió la alacena para sacar el frasco con las hierbas de infusiones. Extrajo la caja blanca del bolso y la puso al lado del frasco. La miró sin abrirla durante unos segundos. Luego levantó la tapa de cerámica y dentro había un fluido negro azulado que parecía carbón líquido. La materia oscura tomaba diferentes formas mientras ondulaba su espesura nebulosa hacia arriba y hacia abajo en rápidos movimientos, como si cobrara vida y quisiera escapar de su contenedor. Luego de unos segundos, el enjambre nanométrico formó una delgada línea que envolvió el frasco

de las hierbas enroscándose en él. Con un nudo en la garganta, Amalia tomó la tapa del frasco y lo abrió. El fluido se introdujo con rapidez en el recipiente que contenía las últimas hojas secas de la siega anterior. Los nanobots se fusionaron con el herbaje y comenzaron a tomar un color dorado. Cuando el color oro se mostró íntegro, Amalia supo que todo estaba preparado para comenzar la metamorfosis. Finalmente, puso la mezcla en el tazón preferido de la joven y se lo entregó asegurándose de que bebiera todo el líquido ancestral. Así debía ser, no existía otra opción.

Inara, envuelta en su blanco capullo, yacía inmóvil en el piso de la cabaña. Los recuerdos de los tubos y las cánulas volvieron a atormentarla antes de finalizar el proceso. El saco vitelino que la cobijó durante tantos viajes ahora estaba a punto de abrirse para dejarla ir, entonces, la crisálida se movió con suaves espasmos ondulantes; la eclosión era inminente.

Las marcas y las cicatrices, casi imperceptibles en su cuerpo, junto al dolor experimentado en sus pesadillas durante el período de incubación, ahora tenían un significado.

Los híbridos eran incubados en la Tierra, pero su misión estaba en otro lugar del universo. Se criaban en el mundo hasta su transformación, y luego eran llevados por los observadores a su destino final. Amalia nunca entendió aquello ni tampoco lo quiso saber. Solo cumplía la labor de la crianza hasta que la nave bajara a buscar al ser orgánico. Pero esta vez fue diferente. Esta vez le importó. Pensó que tal vez le afectaba más porque estaba envejeciendo, pero en el fondo sabía que, por más que trató de evitarlo, la conexión con la joven era especial.

La novel criatura abrió los ojos y la habitación se llenó de luz. Amalia la ayudó a incorporarse y con un trozo de tela suave le limpió la sustancia pegajosa que la pupa había dejado sobre su piel desnuda.

La joven se puso de pie dejando en evidencia su abrumadora belleza híbrida. Amalia observó al ser que resultó de la transformación con reverencial devoción porque sabía que luciría como un arcángel, ya que se había convertido en algo fuera del mundo terrenal. Su cuerpo celestial con piel de tonos azulados estaba cubierto de polvo dorado, como si ella misma fuese una estrella.

La que había sido la joven Inara trató de hablar, pero solo una tos seca salió de su garganta.

No trate de sacar la voz mijita, le dijo Amalia al radiante ser, en este mundo no podemos escucharla, solo hableme con la mente, así yo la puedo entender.

La criatura miró fijamente a la mujer y con la mente le dijo: Puedo ver a través de ti.

La anciana ya sabía lo que debía hacer y acercó su mano a la de la criatura con cuidado. El contacto con la piel dorada se sintió frío en esta ocasión y un pequeño dolor punzante, como una ínfima descarga eléctrica, viajó por el brazo de Amalia hasta llegar al hombro. A pesar de ello, no retiró la mano y siguió con el ritual llevando al ser al exterior para que absorbiera los primeros nutrientes que le proveería la tierra antes de que los observadores vinieran a buscarla.

Esa tarde la nave tardó en llegar, pero a Amalia no le importó, solo quería permanecer con la criatura el mayor tiempo posible.

Escuchó el zumbido característico que anunciaba la llegada de la nave, mientras la entidad híbrida contemplaba los alrededores de la cabaña bajo la mirada sobreprotectora de Amalia. Cuando el sonido se apagó y el artefacto se dejó ver, se abrió un portal en su estructura, donde se podía ver la figura de un observador que extendía su largo y delgado brazo apuntando hacia la anciana. Un halo de luz se posó sobre la criatura y comenzó a elevarse lentamente. Durante el ascenso miró a los ojos a su abuela con la última brizna de humanidad que le quedaba hasta que desapareció dentro del artefacto.

El observador le dio una última mirada a Amalia antes de que se cerrara el portal. Entonces, la estructura se alzó súbitamente y se esfumó en el cielo.

Una lágrima amarga rodó por el cansado rostro de la anciana. La tristeza la invadió en ese momento y sintió angustia. ¿Acaso eso era amor?, pensó, recordando que estuvo tanto tiempo alejada de ese sentimiento. Lo reprimió por años, o simplemente no lo sintió por ninguna otra criatura.

Un nuevo renacer de la casta de los observadores había concluido y, desde ese momento, Amalia esperaría con resignación y tristeza el comienzo de un nuevo ciclo.

Todos-todo

Leticia Herrera Cubillo

Por Z, quizá por alfa me quedé atrapada en este entuerto. Y si bien yo quería estudiar ciencias, o alguna ingeniería bacán que diera harta plata, ahora resulta que sé más de lo que pasó que todos los científicos de la NASA juntos. Así es que yo les voy a contar la dura. Créanme si quieren no más.

Todo empezó... Bueno, todos sabemos cómo empezó, pero si este post llega a pasar a la posteridad, es mejor que cuente todo. Todo empezó con lo del cometa. Empezó igual que esa película de hace unos años, pero rápido, porque el supuesto cometa simplemente apareció, a la vista de todos los telescopios especializados de la Tierra, solo un poco antes de que lo pudieran captar los telescopios aficionados. Y un poco antes de que fuera visible a ojo desnudo.

A diferencia de la película, todos sí miramos hacia arriba. Fue tan rápido que no hubo tiempo para que los gobiernos y la prensa intentaran distraernos. Los aficionados comenzaron a buscar a cuál cometa le tocaba pasar tan cerca de nosotros esta vez. Pero los nerds no lo

encontraron en sus libros. Porque los científicos tampoco lo encontraban en los suyos.

Otra diferencia con la película es que todo el mundo tuvo que confesar rapidito que venía en curso de colisión contra la Tierra, y que no había tiempo de mandar astro-petroleros a taladrarlo, ni tirarle bombas, porque llegaba algo así como... al otro día. La de mala onda que se le tiró a los científicos por no avisar antes, la de teorías conspirativas acerca de los gobiernos ocultando la información que alcanzamos a pensar, pero no a publicar.

Y llegó. Todos nos abrazamos con nuestras familias y esperamos a desaparecer. Planeta Tierra, fuiste bueno.

Pero no hubo gran choque, ni pantallas yéndose a blanco, ni todos nosotros desapareciendo en la luz. El cometa sencillamente se detuvo y quedó visible y en órbita. Medio raro el cometa. Como que no era una bola con el pelo al viento. Era más bien una cosa larguirucha, color verde agua. Nos atrevimos a salir a mirarlo. Con los lentes de los eclipses no se veía, así es que no estaba hecho de radiación. No nos quedó de otra que mirarlo a ojo desnudo.

—Eso es... —seguramente dijo alguien en todos los grupos de vecinos que salían al pasaje a mirar.

—Es...

—¿Que esa weá no es un dragón chino?

—Quetzalcoatl ha regresado —habrá dicho alguien en México y quién sabe qué dijeron en otros países. Me

pregunto si los europeos se decepcionaron al ver que sus dragones tipo dinosaurio siguieran siendo mito, mientras el dragón con pelos y bigotes de los chinos ahora se hacía realidad.

O sea, no era super exacto, pero tenía más o menos esa forma y estaba hecho de luz. Los contornos no eran parejos y fijos como de algo metálico, ni los telescopios podían detectar escamas.

Y ahí quedó, en el cielo. Visible a distintas horas en distintas partes. Las agencias espaciales de países grandes hicieron planes de mandar cohetes para cazar, pero como se estaban demorando mucho, uno de estos ricachones que viajan al espacio por gusto mandó su nave con unos astronautas veteranos.

El dragón... Esto sería tan ridículo si alguien pudiera leerlo en unos cien años más... Al dragón le apareció un... brazo de dragón, con esos tres dedos con los que siempre los dibujan. Lo alargó, agarró el cohete en vuelo y lo mandó de vuelta a la tierra. Los ocupantes amarizaron sanos y salvos en una cápsula de emergencia. El cohete amarizó más bien en pedazos.

Pasados tres días, se empezaron a acabar los feriados legales decretados por los gobiernos. El fin del mundo caía lunes, y los gobiernos anunciaron el sábado que el lunes sería feriado para que pudieras desintegrarte en tu propia casa, con tu familia o tus plantas. Siguió

habiendo una especie de cuarentena/feriado en los días siguientes, pero ya para el jueves como que mejor nos poníamos a trabajar o estudiar de nuevo, con un dragón inteligente que nos miraba desde lo alto. No pasó nada malo ese día. El dragón verde agua era algo que podías normalizar. Habíamos normalizado cada cosa a esas alturas, que una más o una menos...

Mientras, la ONU se reunía de emergencia y los gobiernos de los países poderosos seguían planeando sus misiones espaciales, sus iniciativas de comunicación con el dragón o hasta los misiles nucleares con los que planeaban reventarlo, si tan solo pudieran llegar así de arriba. El gobierno chino no estaba muy seguro de este último punto, mal que mal el dragón era importante para muchos de ellos y los chinos son hartos.

Una amiga que se fue a vivir a Santiago me dijo que para el lunes siguiente ya vendían poleras del dragón en Meiggs y que los pachamámicos se estaban juntando en Ñuñoa, Peñalolén y Chicureo para conectar sus glándulas pineales con el dragón. Me mandó un video con ellos hablando en lenguas y bailando como hormigas tocadas.

Ese lunes hubo un cambio. Tres rayos verde agua descendieron del dragón. Todos contuvieron el aliento. ¿Serían rayos láser? ¿Serían bombas? ¿Estaría el Empire State en llamas?

Para entonces los canales de televisión llevaban transmitiendo especiales de noticias de manera ininterrumpida por más de una semana. Así es que nos enteramos en tiempo real de que por geolocalización, se había cachado que los rayos descendieron en un parque nacional en Utah, EE. UU., otro en las Islas Baleares en España y otro en las costas de Alaska. Equipos militares se desplegaron a las zonas y en la tarde, cuando los periodistas habían conseguido llegar también, nos enteramos del inquietante escenario: no había pasado nada.

O sea, nada violento. Porque cosas sí pasaron. En poquitos días pasamos de creer en el fin del mundo a creer en los dragones y ahora a creer en la vida extraterrestre inteligente. Porque eso fue lo que pasó: cuando los rayos llegaron a tierra, aparecieron allí cuadrillas de... personas. Personas con las pieles verde-azulosas y el pelo en variaciones de la misma gama cromática, pero personas al fin. Dos brazos, dos pies, dos ojos, no sabíamos cuántos dedos, pelo largo. No llevaban cascos ni trajes raros. Su ropa era más bien tejida, onda más poncho aymara que lycra supersónica.

En las Baleares bajaron por una playa muy turística hacia el mar, caminando. Y se hundieron en las aguas también caminando, mientras unos pocos turistas los observaban escondidos. En los otros lugares nadie los vio

llegar, porque aterrizaron en puntos deshabitados, pero sí los gobiernos de España y EE. UU. mandaron grupos tácticos a vigilarlos, en tierra y mar.

La prensa occidental había bautizado a los extraterrestres como *draconianos*. No sé cómo les habrán dicho en China. Obviamente, el grupo táctico que observaba a los draconianos en Utah se detonó. Vieron «algo» que tenía el carácter de amenaza y abrieron fuego. Las balas chocaron con una barrera verde agua y cayeron al suelo, inertes. Qué le dijeron a los gringos. Volaron las balas, los rockets y las granadas. Y los draconianos, ni caso. Seguían haciendo lo que estaban haciendo. Cuando una bala de grueso calibre, en vez de chocar contra la barrera y desactivarse en silencio, fue a astillar el tronco de un álamo blanco con bastante ruido, uno de los draconianos se volvió. Por la actitud corporal se veía enojado, pero otros dos dejaron lo que estaban haciendo, lo sujetaron y lo calmaron.

¿Qué estaban haciendo? Hasta ahí nadie sabía. Los draconianos no se comunicaron con nadie. Solo estaban imponiéndole las manos a los troncos de los álamos blancos, en silencio, muy concentrados.

Los buzos tácticos españoles los encontraron haciendo lo mismo con la posidonia oceánica y un submarino robot gringo captó algo similar con una manada de ballenas azules.

En los próximos días, el *modus operandi* se repitió: rayos verdes bajaban desde el dragón. Draconianos solos o en grupo aparecían en diferentes lugares de la Tierra. Los gobiernos mandaban tropas que atacaban sin resultado, mandaban intérpretes y representantes políticos que intentaban comunicarse sin resultado y hasta líderes religiosos mandaron monjes y sacerdotes que intentaron exorcizar algo... sin resultado.

A la larga la opinión pública tuvo que aceptar lo obvio: los draconianos no sentían ningún interés por nosotros, los humanos. Los seres vivos más grandes del planeta y también los más longevos, sí captaban su interés. Cada vez que alguien los atacaba, la famosa barrera se encendía sola, y ni siquiera devolvía las balas, bombas o flechas. Solo las hacía caer al suelo, desactivadas. Si hasta a las molotov les apagaba la mecha.

En medio de semejante confusión, se les ocurrió raptar a una ancianita francesa ciega. O sea, a la persona más vieja del mundo. Eso le sacó los choros del canasto a la OTAN y se acrecentaron los ataques en contra de las cuadrillas de draconianos. Los tipos verde agua seguían sin inmutarse, lo cual le pateaba más la madre a los líderes mundiales.

Ego, racismo y ojivas nucleares no son una buena combinación. «Se acordó realizar el ataque la próxima vez que una cuadrilla de hostiles fuera geolocalizada en un

área remota. Es nuestro deber hacerles ver que no pueden realizar acciones como secuestrar a una persona impunemente. La Tierra se defiende», dijo como explicación el presidente de los Estados Unidos en un discurso a la nación y el mundo, casi al mismo tiempo en que un misil nuclear se dirigía a una zona relativamente despoblada de Madagascar.

No contaban con que habría un guardaparques, a pesar de la falta de turistas. Escondido detrás de los restos de uno de esos baobabs viejitos que se han ido pudriendo por dentro y muriéndose en el último tiempo, captó a dos draconianos imponiendo sus manos azulosas sobre un baobab gordo y vetusto al que llamaban *La Vieja Abuela*. Y captó también con su cámara la llegada del misil. En vez de alzarse una barrera verde agua, se alzó una especie de gigante de ese mismo color. Tenía hombros angulosos, entre los cuales salía una protuberancia medio triangular, a modo de cabeza, pero sin cuello ni cara. Tenía también dos largas piernas y dos largos brazos, pero la mano le creció a uno de ellos solo al momento de atrapar el misil.

Imagino que muchos viejos importantes contuvieron el aliento en el Pentágono, pero la bomba, como era costumbre, no estalló. El guardaparques, completamente ignorado por los draconianos y su gigante translúcido, grabó cuando el gigante comenzó a caminar, a largas zancadas, con el misil en la mano. La cámara tembló entera

cuando uno de los masivos pies se posó sobre un flamenco, a la orilla del lago. Pero el flamenco no se inmutó. El gigante estaba hecho de unos doscientos metros de material etéreo y translúcido, igual que las barreras protectoras. Solo era densa la mano que llevaba la ojiva nuclear. Los pájaros volaban a través de él y solo emitía algo de ruido y vibración por cada paso.

Eso recuerdo haber visto en la tele. La prensa del mundo estaba atenta a todo lo que se transmitía por internet y desplegaban sus equipos, de manera que hasta las operaciones militares más secretas dejaban de serlo. ¿Qué iban a hacer? ¿Lanzarle un misil nuclear a los helicópteros de noticias? Sabiendo que nos enfrentábamos a una amenaza contra la que no se podía hacer absolutamente nada, la destrucción del planeta era inminente y muchas cosas por las que personas habrían sido mandadas a matar silenciosamente, ahora pasaban como agua.

El gigante caminó tranquilamente por el mar, jugando con el misil entre los dedos, como quien juega con su llavero. Llegó donde estaba el portaaviones en medio del Océano Índico y depositó el misil en cubierta, mientras toda la artillería del barco se le descargaba encima. Ese día Estados Unidos perdió un montón de munición... y de dignidad.

Yo digo ¿por qué exagerar tanto? Si a la monjita francesa la devolvieron sana y salva, unas tres horas después del rapto. Estaba un poco incoherente y no le pudieron sacar qué era lo que recordaba, pero estaba feliz, murmurando «todo, todo». Los draconianos tenían una paciencia de santos. Cuando un zancudo te molesta en la noche, tú finalmente lo aplastas, pero ellos nada. Solo ponían sus barreras o se hacían acompañar por sus gigantes, que saltaban y jugaban alrededor de los sitios en que los draconianos trabajaban.

Aprovechando la monumental indiferencia con la que nos trataban, grupos de científicos se acercaron a los draconianos que observaban al ejemplar de tortuga más longevo del mundo en la isla de Santa Elena. Comprobaron que no era posible aproximarse a ellos a menos de unos 5 metros. Se rebotaba contra una barrera transparente e imperceptible.

¿Cómo entro yo en este entuerto? Bueno, la invasión de los draconianos indiferentes ya llevaba un par de semanas y las personas nos empezamos a dividir entre los que se quedaban pegados a sus televisores y a sus familias, esperando la gran conflagración y el juicio final de un momento a otro. Y los que dijeron «a la mierda» y trataron de seguir haciendo su vida lo más normal posible. Debo confesar que, en mis vacaciones de tercero medio, fui de las que optó por lo segundo. Mi familia también. El

viaje a Valdivia, los hostales y los panoramas ya los teníamos preparados cuando apareció el dragón. Los países, en general, decretaban cuarentena o toque de queda cuando los draconianos visitaban a algún ser vivo en su territorio, pero de lo contrario esto era una especie de encogida de hombros nihilista y que a cada uno lo pille el fin del mundo donde mejor le parezca.

Mi papá, mi mamá y mis dos hermanos menores dijimos que mejor nos pillaba en el Fuerte Niebla, comiendo pescado en el Mercado Fluvial o paseando por el Parque Nacional. Pa' una vez que nos íbamos de vacaciones. Los draconianos no habían echado abajo nuestra red de comunicaciones, así es que aún se podía manejar con el GPS del celular.

Ahora que lo pienso, el nombre del Parque Nacional *Alerce Milenario* nos debió encender algún tipo de alerta. Pero el árbol más viejo del mundo seguía siendo *Matusalén*, un pino longevo en California, Estados Unidos. Ese parque nacional estaba cerrado y custodiado con gente armada hasta los dientes, como les gusta a los gringos custodiar sus fronteras, en este caso, interplanetarias. Alerce Milenario, por otra parte, estaba abierto y descuidado. Solo vimos un guardaparque en la entrada y después nunca más a ninguno.

Seguimos la señalética y los senderos, comimos nuestro pollito cocido y nuestros huevos duros antes de

emprender la caminata hacia el Alerce Milenario, conocido como *El Gran Abuelo*.

Nos anduvimos perdiendo un poco. Como los más aventureros somos mi papá y yo, nos separamos cada uno con una foto del árbol en su celular, a ver si encontrábamos un lugar desde el cual verlo. Mi mamá y los gemelos se quedaron en un punto fijo al que teníamos que volver.

Los troncos de alerces muertos destacaban como estacas blancas entre el verde, apuntando al cielo. Y los tábanos destacaban haciéndote la vida imposible con sus aguijoncitos de mierda. Quizá me distraje con eso, quizá estaba intentando mandarle una foto del Gran Abuelo a mi papá por Whatsapp —de puro estúpida, si hacía rato que habíamos perdido la señal—, el tema es que cuando alcé la vista del teléfono, los draconianos ya habían llegado a mi lado, y el gigante que los acompañaba ya se había sentado al otro lado de la quebrada a jugar como un bobo con los choroyes. Cuando intenté alejarme, me estampé contra la famosa barrera invisible, igual que esa vez que choqué con la mampara de vidrio del colegio. Hice hasta ese sonido como *juuuuuuuuu*, que haces cuando deslizas la piel por el vidrio.

—Una forma de vida de edad inadecuada quedó dentro del espacio de trabajo —dijo una voz de hombre a mi espalda.

—Siempre hay formas de vida jóvenes en las áreas de trabajo. Bacterias, briznas de pasto, pequeños roedo...

—decía la de una mujer, hasta que me vio y yo la vi a ella.

Gritamos las dos.

—Iba a decirte que se trata de una forma de vida parlo-pensante-sintiente, esta vez —dijo el hombre—. Pero veo que ya lo descubriste.

Agarrada al celular vi a los dos draconianos mirándome. Y quise llamar a mi papá, quise llamar a los pacos, quise sacarles una foto, quise hacer muchas cosas, pero por más que metía el dedo en el coso de la huella digital, no sentía la vibración del celu desbloqueándose. Estaba muerto, como si se le hubiese agotado la batería de golpe.

—Esta es la primera vez que uno de ellos llega hasta el área de trabajo —dijo la mujer—. ¿Qué hacemos?

—Nuestro trabajo —respondió el hombre—. No creo que haya manera en que pueda alterarlo. Es solo una, es muy joven y no es hostil.

—Y el área de trabajo no se abre hasta que terminemos. De todas formas, preguntémosle a los demás.

Se tomaron de las manos y cerraron los ojos. Yo superé el récord del guardaparques de Madagascar y de los científicos en Santa Elena: era la segunda humana en estar a menos de cinco metros de un draconiano y, a diferencia de la viejita francesa, yo sí podía ver. Y moverme

con fluidez, porque mientras ellos meditaban sus cosas raras, yo me puse a golpear el cono del silencio como una loca.

Mi papá le puso «el cono del silencio» después, por una serie que él veía cuando era chico. Me dijo que así se veía desde afuera, que podía verme, pero no escucharme, y yo tampoco lo podía escuchar a él luego de que me encontrara y agarrara la barrera a patadas y chuchás. Llegó a tanto que hasta apareció mi mamá con los mellizos de la mano y de tanto tirarle piedras a la barrera entre todos, hasta el gigante reaccionó y empezó a atajarlas con una de esas manotas mal dibujadas suyas.

—De acuerdo, seguiremos —dijeron los dos draconianos en coro, cuando abrieron sus ojos color turquesa.

Si era el ser humano vidente que había estado más cerca de un draconiano, era la primera en ver lo lindos que eran. Tenían rasgos finitos, como de mono de anime: perita puntiaguda, narices respingonas, ojos grandes. La piel de un verde agua muy clarito, bien lisita, así es que asumí que eran jóvenes. Ella —los géneros también los asumí, debería darme vergüenza— tenía el pelo calipso y él lo tenía de un verde petróleo bien oscuro. Eran más o menos de la misma estatura, uno un poco más ancho que el otro, y los dos eran más altos que yo, pero no por mucho.

Lo bonitos que eran y el hecho de que me volvieran la espalda para empezar a hacer círculos con los brazos estirados hacia el viejo alerce, ignorándome por completo, me transmitió algo de paz. Como que me dejaron de dar tanto miedo. Si no le habían hecho daño ni siquiera a quienes les lanzaron una bomba nuclear, ¿por qué habrían de hacerme daño a mí, si yo no pensaba tocarlos ni con el pétalo de una rosa?

Pasó hartó rato. Tanto que yo me senté con la espalda apoyada en la barrera, acunando el celular muerto entre mis manos. Mi papá ya golpeaba el domo mecánicamente con un palo, mi mamá parecía que tenía zamba canuta de tanto rezar y mis hermanos ya habían sacado sus croqueras para dibujar al gigante, cuya atención trataban de llamar saltando y tirándole ramas.

—¡Oigan! —dije, parándome de repente, cuando dejé de disociar—. ¡Es hora de que nos hablen! ¿Qué están haciendo? ¿Cuándo pretenden explicarnos?

Mi papá se asustó. Le dijo a mi mamá que agarrara a los mellizos y se fuera. Los draconianos solo me miraron de reojo y siguieron imponiendo sus manos sobre el árbol.

Insistí. Insistí hartó rato. Fue como cuando era chica y decía «mami, mami» o «¿ya llegamos?, ¿ya llegamos?», sin parar. Pero los draconianos tenían mucha más paciencia que mis padres. Lo único que me quedaba era la agresión física. Las barreras y gigantes que los protegían

de proyectiles solían desplegarse a una distancia mayor de la que yo me encontraba, en una de esas igual lograba hacerle una yaya a alguno y que con eso me dejaran salir o me explicaran algo. Pero yo soy pacífica como una ameba. O cobarde como un político.

Esperé mucho para agarrar mi piedra y acercarme al draconiano. Para cuando alcé la mano, ellos alzaron las suyas y quedó proyectado al interior del domo un rectángulo de luz tenue... de color verde y blanco... con letras y textos...

Los draconianos miraban el rectángulo fijamente. Mi papá miraba para cualquier parte. Después me dijo que desde afuera él no veía nada de eso.

—¿Qué es...? —dijo ella.

—¿Qué clase de código...? —dijo él.

—¿Por qué proyectaron una conversación de WhatsApp? —pregunté yo, acercándome por detrás y haciéndolos saltar del susto.

Me miraron y yo solté la piedra, pero no el celular. Ella me lo quitó y lo sopesó en su mano un momento.

—La forma de vida parlo-pensante-sintiente tenía una pieza de tecnología que intervino con nuestro rescate —dijo, mirando a su compañero con furia—. Sus señales de interferencia arruinaron nuestra comunicación con el anciano venerable.

—Quizá no la arruinaron. Solo la tradujeron a un código que ella pudiera entender —replicó él, mirando a la proyección.

Los dos miraron la conversación confundidos.

Gran Abuelo

¿Has sabido algo de Las Hermanas?

2016

Matusalén

No, para saber de ellas hay que esperar a que vuelvan los playeros árticos con noticias de los gansos caretos, que se hayan topado con agujas colinegras, que se hayan cruzado con golondrinas provenientes de el Líbano. En todo caso las noticias te las traerían a ti primero los fiofíos.

2017

Jaya Sri Maha

Los vencejos me cuentan que otros árboles se están muriendo de calor. ¿Saben algo ustedes?

2018

Gran Abuelo

Panke nos dejó hace unas migraciones atrás de esa forma. Se le pudrió el núcleo y se desmoronó.

Los eurilaimos lo vieron todo.

2019

Matusalén

Muchos de nosotros tenemos el núcleo podrido.
Son muchas estaciones. Muchas, muchas.

2020

Gran Abuelo

Esto es diferente. ¿No lo notan? Cada vez llueve menos sobre mi copa, y los humos de los incendios se acercan y se impregnan en mi corteza.

2021

Gran Abuelo

Panke nos dejó hace unas migraciones atrás de esa forma. Se le pudrió el núcleo y se desmoronó. Los eurilaimos lo vieron todo.

Vieja Abuela

A otros de los míos les ha pasado lo mismo y yo espero mi momento también. El mundo está cambiando más rápido de lo que nunca lo hizo y mi ancho tronco así lo siente.

2022

El Presidente

El momento nos llegará a todos, sin importar lo anchos o altos que seamos.

2023

Gran Abuelo

Cada vez que uno de nosotros muere, Ñuke Mapu corta un hilo de su telar, y la canción con la que teje se hace más ronca y más sorda.

2024

Leí los últimos mensajes de la conversación en voz alta. Ellos me escucharon en silencio.

—¿A-así es que los árboles hablan p-por WhatsApp? —pregunté toda nerviosa.

—Se mandan mensajes a través de las aves migratorias, ser parlo-pensante-sintiente —dijo la chica.

—Me llamo Martina Gálvez Casal —dije, igual que como me presentaba de chica, solo que omití el segundo nombre porque quizá los extraterrestres sabían que es rasca que te pongan mal escrito el nombre de una actriz de moda.

—Queira, te faltó el segundo nombre —replicó él.

—¿Leen las mentes? —pregunté, roja como un copihue.

—¿Leer... qué?

—La mente, lo que está en mi cabeza.

—¿Quieres decir, lo que flota alrededor de ti? —preguntó ella.

—No, eso sería mi olor o mi calor, cosas corporales. Yo digo mi mente, lo que no se puede ver ni tocar.

—Comprobado: creen en la separación —dijeron en coro, mirándose.

—¡No me ignoren! ¡Ni siquiera me han dicho sus nombres!

—Mi nombre es Nerah y sí, soy del género masculino, no me has *misgendereado* por mi apariencia —dijo él, leyéndome la mente de nuevo—. Nuestra especie

tiene algo de dimorfismo sexual. —Se llevó un puño al pecho y se inclinó dos veces.

—Soy Livizun y aunque no sé por qué te importa, estoy en el lado femenino del espectro, aunque por poco.

Ella hizo lo mismo, con una expresión más cabreada que la de él.

Me abrumó el ser la primera persona, después de la ancianita francesa, a la que consideraran digna de atención. Me fui para adentro y por unos instantes no supe qué decir.

—¿Qué... es eso... de la separación? —pregunté al fin, con un hilito de voz.

—Hiciste otras preguntas antes —aclaró Livizun, con más amabilidad—. Querías saber qué hacemos aquí.

Se miraron, se tomaron de la mano y cerraron los ojos un instante.

—Podemos decirte. Tu mundo es jerarquizado y tú estás muy abajo en la jerarquía. Tu conocimiento no generará una carga de stress más significativa de la ya existente.

Yo asentí con la cabeza. Me sentía pequeña cuando extendieron sus manos hacia mí. Se las tomé con timidez y sentí en mis dedos la delicada textura de sus ropas tejidas en lanas coloridas, con patrones parecidos a los de los pueblos indígenas. Las palmas eran suaves y un poco más cálidas que las mías. Y con esa sensación me mandé el

viaje de mi vida. Ni mis primos hablando de su hierba o de algún hipotético hongo llegaron a tanto.

El domo se oscureció por dentro, como si fuera de noche. Todo el bosque valdiviano desapareció, cambiándose por otro, más ralo, más azul, más extraño. Las cosas plantadas en el suelo tenían caras que cambiaban de expresión y maullaban o ladraban, mientras que aquellas que caminaban entre ellas eran de hojas y madera. Su forma se asemejaba a la de los gigantes que guardaban a los draconianos en su misión, pero mucho más pequeños.

El cielo era negro con halos violáceos y una neblina luminosa flotaba por el piso. Al medio de todo, el Gran Abuelo se alzaba como el pilar más alto apuntando al cielo. A su lado había un pequeño estanque en el que me vi reflejada, pero no a mis acompañantes, aunque aún sentía su calidez. En mi reflejo varios halos de diferentes colores me rodeaban. Si los miraba de cerca, pequeñas escenas aparecían representadas: recuerdos, fantasías, escenas figurativas, otras abstractas y otras simbólicas. Digo, en ningún recuerdo y creo que tampoco en ninguna fantasía, me nombraban caballero de la Mesa Redonda, así es que eso debe haber sido algún símbolo o algo. Letras y números pasaban como estrellas fugaces —o tábanos— a mi alrededor.

Entonces vinieron las voces. Eran las voces de ellos, pero con más eco, con más dulzura y más música.

No nos preguntaste por qué hablamos tu idioma.

Debió ser la primera pregunta.

Partiremos por responder a esa y quizá sirva para contestar las que sí hiciste.

Martina Queira Gálvez Casal, tú no hablas, no piensas, no sientes.

No haces, no deshaces, no amas, no odias, no sufres, no te alegras.

Tú eres.

Cada ser solo es.

Y eso es lo que vemos, en base a eso nosotros adaptamos también la manera en que somos en ese momento.

La barrera apaga mechas, moja pólvoras y arruina circuitos de detonación. Al gigante le crecen manos para atrapar proyectiles y el transporte, el soporte vital cobra la forma de un dragón. Todo toma la forma, todo refleja, porque todo es todo.

No un camión, un zapato y una alegría, alejadas y diferentes unos de otros. No, no así. Todo es todo como una hebra en un tejido.

Eso es lo que buscamos, Martina Queira Gálvez Casal.

Volvió a aparecer el WhatsApp de los árboles, flotando como las letras de Star Wars sobre el fondo oscuro. Corrió rápido, una conversación con miles de mensajes.

5568 mensajes, uno por año, al ritmo en que los seres voladores de tu planeta migran de un lugar a otro. Lo adivinaste. La vida de los pilares enhiestos más antiguos de tu mundo. Saludando con sus copas al viento, anidando a los seres voladores, respirando los desechos de otros seres vivientes.

Buscábamos a los seres más grandes y más viejos de tu mundo. Desde la bacteria más pequeña, hasta la colonia clonal de álamos blancos más masiva todos tenían lo que queríamos, pero el tiempo apremia, y los mayores podían darnos una idea más exacta de esto.

El WhatsApp arbóreo se giró, volviéndose una línea luminosa, color verde oscuro, como las agujas del Gran Abuelo. Otras líneas aparecieron horizontales en el cielo, desde todas las direcciones. Verde claro, azul oscuro, gris, negro, blanco, amarillo, rojo, violeta. Y luego un conjunto de líneas café, blanco vapor, verde y azul se alzaron desde el suelo, armando una urdimbre. Era un telar.

A cada línea que se tejía caía de golpe un apretador.
Había un ritmo, una musicalidad en los golpes.

*Ustedes creen que están separados, pero son solo hebras
de un tejido.*

*El sonido de la lanzadera, el alizador y el apretador es la
voz de algo mayor.*

Del tejido.

De un solo ser.

*Ustedes creen que son individuos, cuando en realidad son
células.*

Nosotros también lo somos, de nuestro propio mundo.

*Aprendimos a escuchar la canción de los mundos que
tienen vida.*

El ritmo al cual la tejen.

No son muchos.

*Son aún menos los que albergan vida groseramente
parlo-pensante-sintiente.*

*Y aún menos aquellos en los que esa vida ha llegado a la
civilización.*

*Cuando eso pasa, el ritmo de la canción de su telar no
tarda mucho tiempo en dañarse.*

A nosotros también nos pasó y recibimos ayuda.

*Así es que nosotros ahora también nos dedicamos a
escuchar.*

Y a ayudar, si podemos.

*Muchos seres nos han contado muchas cosas.
Sabemos que su mundo se calienta.*

*Que hay barros antiguos y malolientes que se queman y
eso hace que todo se caliente.
Sabemos que su atmósfera tose y tiene cosquillas que
antes no tenía.*

*Y estamos pensando qué podemos hacer.
El universo tiene sus canciones.*

*Todas juntas forman una armonía.
La música de la existencia, del ser, es hermosa, Martina
Queira Gálvez Casal. Si se pierde una canción, es mucho
lo que se pierde.*

Queremos hacer algo para ayudarlos.

Hubo un silencio largo y yo no capté que era mi pie
para hablar.

—¿Me preguntan a mí?

Sí, te preguntamos a ti.

Si Timothée Chalamet me pedía matrimonio y me
hacía veinte hijos, ¿sería igual de importante que esto?
Tomé aire y traté de ordenar las ideas en mi cabeza. Esto
fue más o menos lo que me salió:

—Yo digo que... ¡la culpa de todo la tienen los
grandes capitalistas, que han quemado toneladas de
petróleo con tal de hacerse más ricos, y de paso se han
cagado al planeta! Tienen a los gobiernos en sus bolsillos

y ya estamos en el límite de lo que anunciaron los científicos. Los gobiernos no hacen nada. A lo más multan a alguno de estos ricachones, que es como hacerles tantán en el popó y decirles que no lo hagan nunca más. ¡Qué rabia, weón!

No podía ver a Nerah y a Livizun. No podía ver a su gigante, ni el rostro del espíritu del Gran Abuelo, que seguro tenía uno. Tampoco podía ver las caras en mis recuerdos reflejados en el estanque del alma, ni el rostro mismo de Gaia, la Madre Tierra o la Pachamama tejiendo en su telar. Pero de seguro todos me estaban mirando con grandes ojos, como cuando dices una ridiculez en clases justo cuando todos se quedan callados.

¿Tantán... en el popó?

—O sea... todos somos todo, ¿cierto? Imagino que entienden lo que quiero decir, ¿no?

Es la única vez que escuché no una risa, sino una de esas exhalaciones medio jocosas que hace una como sonriendo con una comisura.

Gracias, Martina Queira Gálvez Casal.

Y ahí quedé. Parada a los pies del Gran Abuelo, en el parque. Mi papá, que había estado apoyado contra la barrera transparente se fue de espaldas.

Mi mamá volvió con carabineros. Mis papás sí tenían fotos y videos de lo que me había pasado, pero no de mi viaje cósmico hacia los misterios de la vida en el

Universo. Mi papá solo me captó de la mano con los draconianos como por tres segundos.

No me costó mucho hacerme la choqueada mientras salíamos del Parque. En realidad, estaba pensando en si quería decir o no lo que pasó. Para cuando llegamos al hospital a constatar lesiones, decidí que quería parecer coherente y normal. No quería que después la gente creyera que lo que decía era porque quedé tocadita.

Y a los pacos les dije que no recordaba nada. Que los draconianos solo me habían explicado que estaban estudiando a algunos seres vivos de nuestro planeta y que me tomaron de la mano para despedirse.

No dije nada de manera oficial hasta hoy. Solo le conté a mis papás. Se pusieron un poco pachamámicos, pero no dijeron nada.

Y ahora... quizá dentro de poco internet pasa a ser una reliquia, por eso traspaso este post a las redes ahora, ad portas del momento en que todo va a cambiar.

Después de mi encuentro, los últimos draconianos volvieron a su sostenedor de vida y se fueron. Por seis meses, la vida en la Tierra volvió a la normalidad. El poquito que había bajado la polución con más gente quedándose en su casa para esperar el fin del mundo, volvió a subir y con creces.

Hasta que los draconianos volvieron. Igual que antes, con sus barreras, su ropa tejida con símbolos y

patrones y su mentalidad obcecada. Los recibieron con banderitas de «I want to believe» y los gobiernos dijeron querer establecer lazos comerciales con «nuestros pacíficos vecinos interplanetarios».

Como siempre, no pescaron a nadie. Se fueron derecho hacia los hombres y las poquitas mujeres más ricos y poderosos del mundo. Los sacaron de sus casas, de sus empresas, de sus fiestas pederastas. Los llevaron a alguna plaza bien pública, donde los esperaba una versión más pequeña de sus gigantes guardianes, sentado en algún monumento o banca.

Uno por uno, en Nueva York, París, Londres y hasta Antofagasta, los guardianes les bajaron los pantalones, los apoyaron en sus rodillas y les hicieron... *tantán en el popó* con sus manos mal dibujadas. Al primero le dieron muy fuerte y se murió. Al segundo solo lo dejaron en silla de ruedas. Para el tercero ya habían ajustado bien la dosis de nalgadas interestelares.

Eso, mientras cuadrillas de draconianos junto con sus guardianes tamaño real inhabilitaban todas y cada una de las faenas de extracción y procesamiento de combustibles fósiles en el mundo. Lo hicieron de la manera quirúrgica pero descarada en que habían hecho todo hasta ahora: frieron las máquinas, sabotearon puntos clave de los procesos, pero no quemaron nada ni a nadie. «Ningún ser

vivo parlo-pensante-sintiente resultó herido en la producción de esta película».

A todos los nalgueados les dijeron solo esto: «si lo haces de nuevo, o permites que otros lo hagan, volveremos y te llevarás otra más grande que esta».

Si bien los vi por la tele, en un momento en que Livizun y Nerah miraron a la cámara mientras detenían el tránsito en el Time Square, sentí que nos veíamos a los ojos. Supe que no aprobaban los medios violentos, porque era ir en contra del principio de todos-todo, pero que me decían «es lo que hay».

El dragón flotando en nuestra órbita, aunque no esté haciendo nada, igual nos da la sensación de que una madre estricta nos está mirando. No sé si nos atrevamos a desatar más dolor y violencia ahora que nos quedaremos sin combustibles fósiles de golpe. Y quién sabe cuántas cosas más desaparecerán dentro de poco. Por eso publico este post ahora, a ver quiénes lo alcanzan a leer. Una parte de mí siente miedo, pero otra todavía siente la calidez de verse reflejada en el estanque del alma. Esa parte sabe que todos somos todo. Y quizá ustedes también lo aprendan, sin necesidad de nalgadas cósmicas de por medio.

Dos soles en el atardecer

Sofía Ramos Wong

Noether despertó de golpe. Afuera, el incesante sonido de las sirenas y el ruido ambiental de las máquinas no daban tregua, impidiéndole seguir durmiendo. A pesar de lo tranquilo de su sueño, al abrir los ojos lo recordó como una pesadilla.

Sudaba helado y mantenía una respiración agitada y bucal. Estiró su mano para encender la luz de su cubil, cuando un brillo encandilador se encendió en un rincón. Hizo sombra con su antebrazo, pero el haz de luz, dirigido justo a sus ojos, le impedía ver con claridad.

Molesta, cogió el arma debajo de su almohada, apuntó hacia la fuente lumínica y sin vacilar realizó una descarga. La oscuridad se volvió absoluta en aquel pequeño cubículo de cinco metros cuadrados, sellado a propósito.

De pronto, recibió un golpe en su cara con un paño húmedo. El agua que brotaba desde el género de inmediato penetró su piel caliente, dándole una breve, pero intensa, sensación de frescura. La saciedad provocada le hizo olvidar por un segundo su realidad en aquel espacio metálico, con olor a óxido y tierra. Confundida, volvió a

ejecutar una descarga, nublando su vista. Suspiró con fuerza e intentó ponerse de pie, pero se sentía mareada y sin fuerzas.

Resignada, tomó el trapo para acomodarlo cerca de sus ojos, luego lo restregó por su frente, absorta en sus pensamientos, y sin darse cuenta de que mantenía la boca abierta, gimiendo, dejó que la saliva cayera por su mentón hasta las sábanas. Intentó afinar su audición, para dilucidar lo que ocurría a su alrededor. Pero el dolor en su cabeza y el sudor la desconcentraron al instante, sin percatarse que una tenue luz se encendió en el rincón de la habitación, emitida por una pequeña pantalla táctil instalada en el antebrazo de una delgada mujer. Ella con sus dedos movía de un lado a otro el contenido de la pantalla holográfica. Noether presentía estar apuntada por un arma. Se apoyó en el respaldo metálico de la pared mientras acomodaba su pierna adormecida.

El silencio se prolongó por varios minutos, solo se escuchaba la respiración forzada y el tímido goteo de una llave mal cerrada.

—¿Estás consciente? —preguntó la mujer. Noether reconoció la voz de inmediato.

—Apenas lo hago. ¿Qué quieres?

—Vengo por ti —agregó la misteriosa mujer.

—Esas malditas sirenas ya lograron enloquecerme —respondió Noether, casi balbuceando—. No entiendo por qué a ti no te molesta el ruido.

—Tengo un implante coclear, ¿recuerdas?

La mujer se levantó y caminó hacia el rincón opuesto, en donde tomó un vaso y lo llenó con agua que extrajo desde un estanque. La oscuridad no era impedimento para transitar con holgura, la conocía de memoria. Luego se sentó en la cama y le entregó a Noether el vital líquido.

—¿Te quedarás? —comentó la mujer—. Tendremos una linda vista para el apagón final. ¿No crees?

—Quiero hacerlo una última vez —dijo Noether.

—Bebe todo, entonces. Debes recuperar fuerzas si quieres intentar llegar al borde nuevamente.

—«Queremos», querrás decir —comentó Noether, antes de beber el contenido de un solo trago.

La mujer sonrió en la penumbra, sin ser percibida. Ambas se acercaron hasta encontrar la posición más cómoda una al lado de la otra, sin tener la mínima intención de salir de aquel lugar.

Afuera, el ruido era cada vez más fuerte, el que se mezclaba con el inagotable y agudo sonido de las alarmas. Pero ahora también había gritos, desgarradores, intermitentes, desesperados.

Noether volvió en sí de su inercia y encendió la luz del mueble a su costado. Observó los ojos violetas de su acompañante, los que parecían encandecer con el brillo, y en el mismo silencio reinante, se levantó para tomar la polera, los pantalones de polietileno negro que nunca le gustaron, los bototos de tracción y la larga chaqueta de kevlar que le robó a un difunto del callejón.

—Apresuremos, Ada —comentó Noether mientras apretaba las correas de las botas—. Pronto se cumplirá el plazo. Siento que hoy sí llegaremos.

La mujer se levantó sin apuro, se deslizó hacia el mismo rincón en donde había estado sentada y recogió la ropa para vestirse. A diferencia de su compañera, las prendas que tenía eran mucho más holgadas, hechas con trozos de otras prendas, remendadas a mano.

Observaba de reojo a Noether, cómo cargaba en su mochila botellas con agua, restos de comida, municiones para las armas y baterías. Los mismos implementos con los que día a día intentaban llegar hasta la zona segura, el alejado lugar en donde existía una ex base militar, en cuyas instalaciones se encontraban las codiciadas naves-arcas, encargadas de sacar a la mayor cantidad de seres humanos desde la tierra en busca de un nuevo mundo.

Pero aquello era una gran odisea, no solo por la inaccesibilidad del lugar, sino también por el costo que se debía pagar para lograr un puesto. Ser un buen negociante

para no perder alguna parte u órgano del cuerpo era primordial, la posesión de agua de vertiente natural y semillas era sinónimo de convertirse en un candidato y si todo fallaba, solo tenían que dejarse extraer unos cuantos mililitros de citocromo desde su cerebro.

Noether lanzó a su boca una de las cápsulas de ϵ -glucosa concentrada, un compuesto creado por la Inteligencia Artificial a falta de la glucosa de origen natural, mientras observaba en la palma de su mano las once cápsulas restantes. Tomó una al azar y se la entregó a su compañera. Se sentía angustiada y temerosa de lo que pudiese suceder. Toda su vida cuestionó el significado de su existencia. No entendía cuál era su misión en aquella Tierra a punto de colapsar, en la cual su futuro era incierto. Lo único que tenía claro, y que era impulsado por su instinto de sobrevivencia, era lograr subir a bordo de una de las arcas, así lograría darle un sentido a su malograda vida.

Abrió la compuerta de su cubículo, dejando que la luz se reflejara en cada una de las paredes metálicas, hasta volverse insoportable. Ambas mujeres se colocaron las gafas oscuras, cubrieron sus cabezas con mantas, escondiendo sus largas cabelleras y antes de salir a la bulliciosa e iluminada calle, cruzaron sus miradas y se tomaron de las manos. Era la última oportunidad que tenían, el esfuerzo final, lograrlo o morir en el intento.

Las sirenas ubicadas en los postes, sonando sin descanso a través de los parlantes, lograban poner los pelos de punta. Las antiguas carreteras estaban todas atochadas con vehículos abandonados y la mayor parte de las edificaciones se encontraban vacías. Muchos de los habitantes habían muerto durante la última década. Los que sobrevivieron se encontraban en condiciones deplorables y el resto ya se había dirigido hacia el punto de escape. Noether y Ada avanzaron sin soltarse, esquivando los escombros y los restos humanos, deteniéndose solo para revisar las ropas tiradas. El desolador paisaje no era algo nuevo, sino que el resultado de una serie de eventos sin precedentes que fueron ocurriendo.

El sol artificial, lanzado al espacio con la intención de iluminar el lado oscuro del mundo durante el movimiento de rotación y que auguraba una nueva etapa en la era de la humanidad, fue el inicio de la decadencia de esta.

La promesa de la nueva fuente de energía y el fin de la oscuridad trajo consigo consecuencias catastróficas. Los pocos animales que quedaban enloquecieron, atacándose entre ellos y luego a sus cuidadores. Algo similar ocurrió con las aves y los insectos, quienes, incapacitados de vivir bajo la tierra contaminada, se volcaron a la autodestrucción. Las plantas, árboles, algas marinas y la vida vegetal comenzaron a generar mucho oxígeno hasta la saturación de su sistema enzimático, pero al no tener la

noche para realizar la segunda parte de la fotosíntesis y almacenar energía, comenzaron lentamente a desaparecer.

Para suplir el problema energético, mediante el uso de la Inteligencia Artificial, se crearon distintas alternativas de fuentes energéticas, todas en forma de cápsulas. El agua se comenzó a crear con pequeños condensadores radiactivos, que se vendían en los mercados a módicas sumas, otorgándole a la población el acceso al vital elemento.

Pero luego de cincuenta años, la ausencia de la noche ya era un problema mayor. Los seres humanos comenzaron a enloquecer, aumentaron los homicidios, las enfermedades psiquiátricas, cuadros psicóticos y delirios, que culminó con la gran guerra civil que acabó con dos tercios de la población mundial. Luego de eso, la Inteligencia Artificial tomó el control del gobierno global y de todos los sistemas.

Los sobrevivientes buscaron alternativas para seguir su vida en el mundo, hasta que la misma entidad alertó sobre el mal funcionamiento del sol artificial. Este se desvió de su órbita establecida, comenzando a ser atraído a la tierra por su gravitación y, tal y como un cometa, explosionaría al contacto con la atmósfera, arrojando toneladas de radiación y acabaría así con la vida en la tierra.

Noether observó en la punta de un edificio, las siglas ECO Corp. (Corporación Elion, Cox & Obsez). Estaba molesta y maldijo al aire, como una forma de botar su frustración con quienes, a su parecer, eran los responsables de todo. La ECO Corp fue la empresa encargada de poner el sol en órbita y en la actualidad, debido a la inminente destrucción del planeta, pusieron a disposición sus gigantes naves-arca (destinadas originalmente al turismo espacial), para que pudiesen arrancar todos los que tengan lo suficiente para pagar.

—¿Te has puesto a pensar que quizá no hay forma de sobrevivir? —preguntó Ada, mientras regulaba su paso.

—¿A qué te refieres? —dijo Noether.

—Afuera del planeta —dijo Ada—, debe haber toneladas de satélites y chatarra, una capa gruesa y densa, dando vueltas alrededor, cubriéndonos como una membrana. Fueron ellos los que comenzaron con el problema del sol e impidieron que su rayo llegara a la Tierra. Si están en órbita en este momento, cada nave que sale choca con ellos. Es como atravesar un campo de meteoritos, con una alta probabilidad de explotar. Me hace pensar, ¿existirá realmente una forma de sobrevivir? Y si lo logramos, ¿cuánto tiempo vamos a estar a la deriva? ¿Nos dejarán entrar a la Luna, a Marte, a Vita-3? ¿Alcanzaremos tú y yo a sobrevivir?

Noether se quedó en silencio analizando lo que su compañera le había dicho, sin decirle que ya había pensado en eso, pero prefería mantenerse optimista y pensar en un futuro mejor. Fantaseaba con viajar en el tiempo, para haber vivido cuando los seres humanos tenían contacto físico entre ellos y no existían aquellos cubículos destinados solo para dormir, cuando existía una vida más familiar, más íntima y no tan solitaria. Empuñó su mano libre y dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

En un momento de descanso, se refugiaron en un cubil abandonado. Las puertas estaban sin seguro, lo que les permitió el ingreso con facilidad. En su interior, dos personas yacían muertas, sentadas en el sillón. Parecían estar en esa posición desde hace mucho, la descomposición de la piel les había dado una tonalidad verduzca-marrón.

—Ese maldito sol me desorienta, siempre lo ha hecho —comentó Ada, revisando la pantalla en su antebrazo y comprobando que habían transcurrido ya diecinueve horas desde que abandonaron su hogar.

—Mi papá contó —dijo Noether— que la idea de hacer un día eterno fue un plan de las elites, solo para que se trabajara las veinticuatro horas del día.

—Es enfermizo, pero muy real —dijo Ada—. Quienes controlaban el mundo seguramente encontraron

buena idea explotar a los humanos al máximo... hasta llevarlos al extremo.

Noether se quitó las gafas, descubrió su rostro y comenzó a indagar en el recinto en busca de todo lo que le pudiese servir.

Ada continuó registrando el lugar, sacando de los compartimentos ubicados en las paredes todo lo que pudiese servirles como alimento, pero para su desazón solo había espacios vacíos y una pequeña caja fuerte, del tamaño de un ladrillo, que estaba sellado por completo. La muchacha dio vueltas la caja por todos lados, buscando el pestillo de apertura, sintiendo como lo que se encontraba en su interior se movía de un lado a otro.

Noether se acercó a su compañera y tomó la caja, realizando los mismos giros de un lado a otro, hasta que una pequeña presión sobre la parte superior hizo que la tapa se levantara. Ambas llevaron su vista al interior, en donde se encontraban doce pequeños sobres de papel con semillas en su interior, una caja antigua de madera que mantenía a salvo trozos de lo que parecía ser carne seca y una botella con agua.

El sonido de la alarma que se activó en el brazo de Ada sacó a ambas mujeres del estado de concentración. La central unificada de información, a cargo de la Inteligencia Artificial, avisaba a los habitantes restantes del

planeta Tierra que tenían poco menos de cuarenta y ocho horas para lograr llegar a los lugares de lanzamiento.

Sin perder más tiempo, ambas guardaron lo que encontraron en sus bolsos, acomodaron sus gafas, las mantas alrededor de su cabeza y salieron del recinto. Haber estado refugiadas de la luz eterna, les sirvió para relajar los ojos. Noether apresuró su paso, manteniendo de la mano a su compañera.

Aquel sector de la ciudad fue evacuado por completo. Los altos guetos verticales se alzaban como guardias, custodiando el solitario barrio bajo el sol eterno. Los quejidos no se escuchaban tanto como en el otro lado del gigantesco orbe y el ruido ambiental solo era provocado por las sirenas.

De pronto, Noether se sintió observada. Frenó en seco, desenfundó su arma y la dirigió hacia una de las ventanas a su costado. El cristal se rompió apenas la descarga energética tocó la superficie traslúcida, convirtiéndose en cientos de fragmentos brillantes. Ada cargó su arma, y juntas se encaminaron hacia el lugar del disparo. Estaban decididas a no dejarse amedrentar por nada ni nadie.

Cuando llegaron, la otrora oficina de alternativas biomecánicas para extremidades, estaba infestada de okupas muertos, quienes yacían en el piso, algunas con avanzado estado de descomposición, mientras que otras

no tanto. Noether alcanzó a contar once personas, ubicadas en distintas partes. Ada esquivó a dos hombres tirados en el piso, dándose cuenta de que sus cuerpos habían sido mordidos y desgarrados.

—Es un maldito devorador —susurró Ada.

Un pequeño sonido fue percibido por Noether, haciendo que dirigiera su arma hacia uno de los armarios, y apretó el gatillo sin vacilar. La descarga hizo que la puerta tambaleara, para luego caer en seco, levantando el hollín aposado en el suelo. La humareda causada se fue disipando, dejando al descubierto a la persona escondida.

Tanto Ada como Noether no ocultaron su asombro al ver a una joven, observándolas con su mirada desafiante y los dientes apretados. Su cabellera había sido cortada, vestía harapos y sujetaba un lápiz y un cuaderno.

—¿Quién eres? —preguntó Ada, sin bajar su arma. La muchacha no respondió a la pregunta y solo permaneció en la misma posición en la que había sido encontrada.

—Es una niña, déjala... —comentó Noether, acercándose para tranquilizarla.

—¡No soy una niña! —exclamó la desconocida.

Con una agilidad impresionante, la muchacha sacó una daga de su cinturón y saltó encima de Noether, sorprendiéndola en el acto y obligándola a defenderse, aunque a ratos daba golpes a ciegas. Esos momentos eran aprovechados para contraatacar y noquear a su

adversario. A pesar de no tener mucha fuerza, el ímpetu demostrado era mayor que la defensa de Noether y se sentía como un poderoso oponente.

Ada guardó su arma y se acercó para inmovilizar a la pequeña, quien, aun con lágrimas en sus ojos, mantenía su mirada furiosa sobre Noether e intentaba zafarse.

—¡Cálmate! O volaré tus sesos —advirtió Ada, volviendo a desenfundar su arma, esta vez dirigido justo al medio de la cabeza de su atacante.

—¡Hazlo! Así el tormentoso castigo por nacer en esta maldita tierra acabaría —respondió.

La muchacha se tranquilizó, pero no detuvo su llanto. Sollozaba con frecuencia, observando con rabia como Noether se levantaba del piso. Quería volver a golpear su rostro cubierto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ada, mientras observaba a Noether acomodar sus prendas. Ninguna puso reparos en interesarse por el comportamiento de la pequeña.

La muchacha apretó sus labios, manteniendo su desafiante mirada. Las analizaba, todos sus movimientos, gestos y articulaciones.

Luego de unos breves segundos de silencio, y al no obtener la respuesta que quería, Ada acomodó sus dedos y apretó el gatillo sin vacilar. Su acompañante no hizo reparos, retrocediendo para no ser salpicada, pero la

pequeña fue más ágil que la velocidad de la descarga y rápidamente se agachó, cubriendo su rostro, soltando un grito ahogado hasta quedar arrodillada.

—De nada te sirve comportarte como bravucona si no estás dispuesta a enfrentar las consecuencias —advirtió Ada, sin dejar de apuntar con el arma—. Ahora, dime tu nombre para saber a quién pertenecieron estas piltrafas.

—Natalia —respondió, bajando la cabeza, volviendo a su llanto.

Ada la miró con indiferencia, afirmó con fuerza la empuñadura y el gatillo para terminar el trámite de una vez por todas y continuar su viaje, pero fue detenida por Noether, quien con un gesto le hizo entender que no valía la pena. Ya habían perdido veinte minutos, los cuales deberían recuperar en apresurar su paso.

Natalia aprovechó el momento para correr y esconderse entre los escombros y los cadáveres, pensando en todo lo que extrañaba: las caricias y las palabras cálidas de sus padres, y los abrazos de su hermano.

Noether y Ada buscaron en el lugar lo que podría serle útil, luego ajustaron sus implementos y salieron. Ada levantó la cabeza y observó el intenso resplandor provocado por la superposición de los dos soles. El brillo le dejó un particular dolor en la cuenca ocular, obligándola a

cerrar sus ojos con fuerza para hacer desaparecer el malestar.

—¿Cuánto nos falta? —preguntó Noether, tragando saliva para humectar su garganta.

Ada levantó su manga y observó la pantalla en su antebrazo.

—Si mantenemos el paso, podríamos llegar al punto de lanzamiento más próximo en un día y medio.

Ada bajó su mirada, sin saber que su compañera, a pesar de todo el optimismo que demostraba, temía no lograr su cometido, aunque era mejor que intentar quedarse a esperar la inevitable muerte.

Noether observaba de reojo a aquella mujer a su lado, cubierta de pies a cabeza con túnicas y ropas anchas. Cuando tocaba su mano, todo su mundo se hacía perfecto, aunque no lo fuera y no existía nada más importante en la Tierra. Maldecía por nacer en ese lugar que estaba a punto de desaparecer, por haberla conocido tarde y no tener el tiempo de compartir mucho más. Imaginaba salir a la calle tomada de su mano descubierta, sin la necesaria y obligatoria protección, pero en ese momento, el destino solo les ofrecía una parte de sus deseos.

Los dos soles no daban tregua y en el momento en que uno se escondió, el otro continuó fijo en el cielo iluminando con una intensidad mucho mayor que el anterior. La claridad se hacía insoportable y ya les estaba

dañando los ojos, haciendo que sus retinas procesaran imágenes alteradas. Los espejismos permanentes creados por las altas temperaturas lograban confundirlas en el momento de encontrar el callejón correcto. El ruido ambiental tampoco cesaba. Cada megáfono ubicado en los interminables postes repartidos por toda la ciudad solo transmitía en bucle el sonido de la sirena de aviso.

A medida que avanzaban, aparecían más personas que estaban en las mismas condiciones, peregrinando por las largas avenidas con la esperanza de alcanzar un cupo en la salvación interestelar. Los grupos de personas que se unían a la larga marcha migratoria, tiñendo de negro las alumbradas calles.

Noether daba disimulados vistazos a su alrededor intentando identificar a alguno de los nuevos caminantes, pero todos estaban cubiertos de pies a cabeza, sus ojos protegidos por gafas oscuras y sus manos enguantadas. No quería dejarse ganar por ninguno de ellos, tampoco dejaría que le quitaran su puesto y sin avisarle a su compañera, redobló su paso para sobrepasar a todos los que se interpusieran en su camino.

Ada, tomada de su mano, intentó mantener su paso, sin embargo, sus piernas acalambradas y fatigadas no tenían la fuerza necesaria para hacerlo, y cinco kilómetros adelante trastabilló para luego caer de rodillas. El tirón casi hace caer a Noether, quien volteó para socorrer a su

compañera. La rodeó con sus brazos para protegerla del mar de caminantes.

—Vete —dijo Ada—. Ya estamos cerca y esta es tu oportunidad.

—No me iré sin ti. Vamos a llegar las dos al punto de lanzamiento —respondió Noether.

—No puedo. Ya no tengo fuerzas, estoy mareada y mi cabeza da vueltas a demasiadas revoluciones por segundo...

No alcanzó a terminar su idea, cuando fue abordada por un sujeto que, con agilidad sorprendente, cortó el tirante del bolso en su espalda, lo cogió con fuerza y corrió perdiéndose en el océano de seres humanos.

Noether sacó su arma y dio un disparo al cielo, generando pánico en sus vecinos. Algunos de ellos se agacharon, otros se hicieron a un costado, dándole espacio para divisar al ladrón. Afinó su puntería y en el momento en que puso el dedo en el gatillo otro sujeto se abalanzó sobre ella con una clara intención de arrebatarse el revólver. Atacante y atacada comenzaron a luchar, primero de pie y luego en el piso, rodando alrededor de Ada, que observaba toda la escena sin tener la capacidad de reaccionar.

Noether tenía su brazo neutralizado, agarrado con fuerza por una enorme mano, mientras que con el otro propinaba golpes que dirigía hacia el rostro y cuerpo. El arma se disparó una vez, expulsando la descarga a ras de

piso y dando en el pie de un hombre, metros al fondo. Su grito de dolor alertó a todos a su alrededor, quienes comenzaron a buscar el origen del disparo.

El sujeto, más grande que Noether, logró posicionarse encima hasta tener mejor oportunidad de atacar. Con su gran extremidad agarró el cuello de la mujer, mientras empujaba con fuerza la pequeña mano de la atacada para hacerla soltar el arma.

Noether sintió que ya no tenía más opción, a medida que el aire disminuía en sus pulmones y un rápido desvanecimiento parecía venir. Cerró sus ojos, aguantando su respiración, cuando de pronto la mano la soltó, permitiéndole volver a respirar.

Tosió compulsivamente mientras recuperaba su aliento, recostada sobre el asfalto, sin soltar el revólver. Levantó la mirada y observó una pequeña silueta que la ayudaba a levantarse. Aquel misterioso y menudo salvador le había dado una puñalada al enorme atacante en la base del cuello.

La ayudó a levantarse y juntas se dirigieron dónde Ada, quien había perdido el conocimiento al golpearse la cabeza contra el piso. La arrastraron hacia uno de los callejones, recibiendo golpes, patadas e insultos en su pasar, al entorpecer el camino.

Una vez a salvo del mar de piernas, Noether buscó un cubículo para poder entrar. Las puertas estaban todas

cerradas, trabadas y clausuradas, marcadas con el símbolo de riesgo biológico. Se encontraban en el sector más antiguo de la ciudad, el lugar en donde una pandemia años atrás les había arrebatado la vida a millones de personas y cuyos hogares fueron cerrados por los mismos ciudadanos para evitar que el virus se propagara nuevamente.

Noether conocía la historia, aquella ocurrida cientos de años antes de que naciera, pero en ese momento era más importante buscar un refugio para protegerse de los soles y revisar el estado de su compañera.

Recorrió dos cuerdas a la redonda hasta encontrar una puerta sin la marca, dio unos cuantos pasos para retroceder y con toda la fuerza que tenía corrió para derribarla en tres ocasiones hasta que la estructura de metal montado cedió y cayó. Luego regresó a donde se encontraba Ada y el menudo sujeto misterioso, tomaron a Ada por las manos y la arrastraron hacia el refugio.

El interior de aquella morada era distinto al que habían visitado con anterioridad. Era de una sola habitación, dividido en dos espacios, uno para dormir y otro de higienización. La cama estaba deshecha y encima se encontraba una pequeña maleta a medio hacer. A los pies de esta, un cuerpo momificado de manera natural, se encontraba acomodado. La fragilidad de la piel y sus huesos les hicieron creer que, si lo tocaban, se desintegraría al instante.

Noether movió la maleta y acomodó a Ada encima de la cama, le retiró las gafas, la manta y todo lo que le impidiera respirar con normalidad. Sus labios estaban secos, irritados y pálidos, al igual que su piel, con heridas abiertas y sangrantes. Gritó su nombre dos veces, golpeó su rostro, e incluso besó sus labios, pero Ada no respondía a ningún estímulo.

—Necesita rehidratarse —comentó el sujeto desconocido, con una voz muy suave y femenina—. Está al borde de un black-out y puede morir.

Noether sintió un escalofrío en su espalda al escucharla, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Hurgó en su bolso hasta encontrar la última botella de agua que le quedaba. Se acercó a su compañera y en el instante en que se disponía a dejar caer el líquido en su boca, la misteriosa compañía le arrebató de una patada el contenedor, tomándola por sorpresa.

Noether se levantó de un salto, llevó su mano a su cinturón para alcanzar su arma, pero se percató que esta no estaba. El frío en su espalda aumentó en el momento en que observó el revólver en las manos del enmascarado, invalidándola por un segundo. El aire se le hizo espeso, haciendo que respirar con tranquilidad se volviera un proceso difícil. Sacó las mantas para dejar su rostro descubierto y pasó la lengua por sus labios secos, sintiendo las costras formadas por las recientes heridas.

—Entrégame la botella, cobarde —ordenó Noether, desafiante, haciendo que el eco retumbara de una pared a la otra.

El silencio se hizo presente, volviendo aún más tenebroso el ambiente. La misteriosa compañía retiró sus gafas y las mantas que cubrían su rapada cabeza. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Noether desde la nuca a sus pies, provocando que los vellos se erizaran uno tras otro hasta el dolor.

—¿Natalia? —preguntó con horror.

—Te devolveré el agua, si prometes que me llevarás al lugar de lanzamiento —respondió.

Noether mordió su labio inferior con rabia, dejando que la sangre comenzara a brotar desde una de las úlceras. Apretó su puño y lo mantuvo cerca de su muslo mientras pensaba en alguna forma de contraatacar para quitarle la botella con agua, y en el mejor de los escenarios, también el revólver. Pero sus probabilidades eran escasas, su atacante estaba en mejor posición.

Al no obtener respuesta, Natalia abrió la tapa de la botella y la inclinó con la intención de dejar caer el contenido al piso. Noether reaccionó de inmediato, rogándole que se detuviera. Ambas se pusieron en guardia.

—¿Por qué haces esto? —recriminó Noether—. Tú puedes llegar sola.

—Si voy sola —respondió Natalia—, tengo más probabilidad de morir violada que de alcanzar un lugar en la nave.

—¿No es eso lo que querías? ¿Morir?

Natalia se quedó en silencio, observando a Noether, quien miraba de reojo a Ada, sabiendo que su tiempo se agotaba.

—Te prometo que te llevaré al lugar de lanzamiento —replicó Noether, aguantando sus lágrimas—, pero, por favor, devuélveme la botella, es lo último que nos queda. Que me queda. Ella... es lo único que tengo.

Natalia relajó su compostura y le arrojó la botella a Noether, quien la atrapó en el aire, luego se volteó y comenzó a soltar de a poco el agua, mojando sus labios y luego vertiéndolo al interior de su boca, acariciando su larga cabellera y su piel en el proceso.

La muchacha se acercó y acomodó a Ada, sentándola. De entre sus ropas extrajo una pequeña cápsula transparente, la que quiso depositar en la lengua de la mujer, pero Noether la detuvo.

—¿Qué es eso?

—Es una cápsula de rehidratación —respondió Natalia—. Contiene los electrolitos necesarios para poder sobrevivir sin comer.

—¿De dónde las sacaste? —dijo Noether.

—Se las robé a un dealer que se comió a uno de los junkies con los que vivía. Maldito caníbal. Terminó igual que ellos.

Noether la observó con recelo.

Natalia dejó la cápsula en la boca de Ada y vertió un poco de agua, lo suficiente como para dejar que cayera hacia su estómago, luego se levantó y comenzó a inspeccionar la habitación. Noether mantuvo abrazada a su compañera, haciéndole cariño en su cabellera, hasta que comenzó a mostrar signos de vida.

Al principio, Ada estaba desorientada, fatigada, hablaba incoherencias, pero luego de unos minutos se recuperó. Levantó la mirada y observó los oscurecidos y brillosos ojos de Noether, las lágrimas en su mejilla, sus labios rotos y su larga cabellera. Se sintió abrumada por su presencia y de inmediato dirigió su boca a la de ella, cruzando un intenso beso de reencuentro. Natalia, se mantenía en silencio observando a las dos mujeres, sonriendo con pena y melancolía.

De pronto un fuerte temblor remeció la ciudad, arrancándoles el breve momento de intimidad.

Afuera se escucharon cientos de gritos desesperados, algunos de dolor, otros de sorpresa y miedo. Los guetos verticales comenzaron a derrumbarse uno tras otro, ocasionando una gran estampida por parte de los caminantes. Natalia abrió la puerta y observó la

enorme columna de polvo que se elevaba a menos de siete cuadras.

—¡Maldición! —exclamó Natalia—. Lamento interrumpir este... lindo minuto de romance, pero debemos irnos si no queremos morir aplastadas.

Ada, que no alcanzó a entender la nueva situación, se vio obligada a levantarse con ayuda de Noether y la misma Natalia, y una vez en pie arrancaron del inmueble, sin tener tiempo de colocarse sus implementos de protección. El intenso brillo les impedía abrir los ojos por completo, complicando su huida por las calles. Detrás de ellas, los colosales edificios caían uno sobre otro, al igual que fichas de dominó. Noether mantenía a Ada tomada de la mano, mientras que con la otra acomodaba sus gafas para visualizar de mejor manera la ciudad.

—¿Dónde estamos? —gritó a su compañera. Ada observó la pantalla en su antebrazo. La comunicación se había perdido y su sistema de rastreo satelital estaba muerto.

—No... lo sé. Esta cosa se desconectó —respondió, agitada.

—Yo sé el camino. Vengan, síganme —indicó Natalia.

Al no tener otra alternativa más, Ada y Noethe corrieron detrás de la menuda muchacha, quien se movía

entremedio de los pasadizos con agilidad y conocimiento, evitando los tumultos formados.

El último edificio que colapsó levantó una cortina de viento y polvo en gran cantidad, la ráfaga formada empujó a las mujeres arrojándolas al piso. Las tres tosieron casi al mismo tiempo entremedio de la polvareda. Sus bocas estaban secas y llenas de partículas de tierra, sus narices taponeadas y la vista irritada, pero se encontraban vivas.

Al momento en que la muralla grisácea comenzó a menguar, pudieron observar el desolador panorama. Cientos de personas quedaron sepultadas bajo el concreto y el metal de los enormes guetos. Los gritos de dolor se hicieron latentes, haciendo coro con el sonido de las sirenas en los postes.

Noether, por un instante pensó en ir a ayudar, pero ya habían perdido horas valiosas que debían recuperar, más sin el apoyo satelital y el mapa que Ada tenía en su procesador de brazo. Le gritó a Natalia que las ayudara a levantarse, pero ella estaba absorta con su mirada hacia el frente. Noether giró la cabeza hacia la dirección donde la muchacha tenía su vista, observando el enorme terreno en donde al menos cinco naves aún aguardaban por personas.

El módulo de lanzamiento estaba en la última isla del continente, rodeada de oscuras aguas.

—Estamos a quince minutos, aproximadamente — comentó Ada.

—Entonces pongámonos en marcha —exclamó Noether.

Sin perder más tiempo, las tres corrieron en dirección al lugar, encontrándose con gente de todos lados que migraban, cuales hormigas en invierno, esperanzadas con una salvación.

La gran aglomeración humana a la entrada del complejo se extendía en un radio de doscientos metros. Noether sabía que tendrían que encontrar una forma de adentrarse entre el espeso mar de carne, pero antes de poder hacer algo, Ada detuvo su paso, sacó su arma y apuntó directo a la cabeza de Natalia.

—¿Qué es lo que pretendes? —preguntó, tomando por sorpresa a la muchacha.

—Ada, tranquila —intercedió Noether—. Ella nos ayudó todo este rato, le prometí que la iba a traer.

—¿Qué es lo que pretendes? —repitió Ada, sin quitar el arma.

—Solo... quería compañía. Tú no sabes lo que es estar olvidada en una ciudad, sin nadie que te proteja, sin sentir cariño. Yo lo tuve... lo extraño. Ustedes se tienen la una a la otra, yo no tengo nada. Se ven tan unidas. Yo solo quería...

Natalia no alcanzó a terminar su frase, cuando sintieron un fuerte ruido proveniente del lugar de lanzamiento. Las tres dirigieron su mirada hacia el lugar y observaron justo el momento en que las últimas cinco naves despegaron al mismo tiempo, haciendo temblar la tierra, botando los últimos edificios que quedaban en pie.

Noether cayó de rodillas, llorando. Su última oportunidad de sobrevivir se había marchado hacia el espacio. Ahora solo les restaba esperar lo inevitable. Ada olvidó por completo a Natalia y se agachó para consolar a su compañera.

—Lo lamento. Te prometí que haría todo para salvarte... y fallé —dijo Noether, sollozando. Ada la abrazó con más fuerza.

—No lo hiciste. Me regalaste una vida, momentos inolvidables y amor. En este tiempo en que es tan difícil encariñarse con alguien. Quizá tu plan no funcionó, pero al menos estaremos juntas, hasta el final.

Noether la sujetó con fuerza.

La gente a su alrededor comenzó a marcharse en una triste marcha, las lágrimas de todos quienes se atrevieron a llorar formaron enormes charcos en la tierra, por donde pasaron cientos de apesadumbrados caminantes, hasta desocupar el lugar.

Natalia observó el cielo y quedó pasmada con su color.

—¿El cielo siempre ha sido rojo? —preguntó.
Noether levantó su mirada.

—No. Es celeste.

Ada también levantó la mirada, dándose cuenta de que los dos soles se encontraban en el horizonte. Nunca habían presenciado aquel fenómeno. Ambas supusieron que era la antesala del fin.

En el momento en que el sol natural se escondió por completo, las sirenas dejaron de sonar, las máquinas cesaron su trabajo y la información volvió al procesador en el brazo de Ada.

Los altoparlantes comenzaron a transmitir.

«Escoria de la Tierra. Ustedes son los últimos seres sobre el planeta. Desdichados. Un lugar que ustedes mismos destruyeron y que no supieron cuidar. Los responsables ya huyeron hacia nuevos horizontes, con la esperanza de volver a causar el mismo daño, dejando la herencia de la destrucción y el caos. Pero del caos siempre se encuentran semillas de esperanza, de vida. Serán espectadores del fin de una era y el comienzo de otra».

Las mujeres escucharon con atención y luego cruzaron sus miradas, temerosas. Ninguna alcanzó a hablar, cuando de pronto el sol artificial aumentó su brillo, su volumen se duplicó y se formó un halo a su alrededor. Noether cerró los ojos, aceptando el inminente final de su existencia.

Ada observó con compasión a Natalia, que se mantenía alejada de las dos. A pesar de que no confiaba completamente en ella, le ofreció su brazo y juntas se cobijaron en lo que parecía ser el inicio de la destrucción.

El cielo bramó, grave y aterrador.

La estrella artificial explotó en millones de pequeñas partículas brillantes que se esparcieron por todo el firmamento, ocasionando una reacción en cadena con los satélites en el borde del planeta, alcanzando a las aeronaves recién despegadas, dejando estelas de colores similares a las auroras boreales y luego, la oscuridad fue absoluta.

Cuando Noether abrió los ojos, pudo apreciar la verdadera noche por primera vez en su vida. Estaba fascinada. Las tres mujeres quedaron confundidas y asombradas por lo que estaban presenciando.

«Proceso de purga. Comando terminado. Háganlo bien, esta vez, los estaré observando» se escuchó en todos los parlantes del mundo. Luego la Inteligencia Artificial desconectó el sistema, la red de comunicaciones, apagó las máquinas y quedó en suspensión.

Noether observó la gigantesca bóveda celestial y sonrió desde su corazón, el mismo que la incitó a apretar a su amada compañera, quien le devolvió el gesto con un beso. Las tres mujeres se quedaron admirando el firmamento, hasta el amanecer.

Una nueva era de piedra comenzó luego del atardecer de los dos soles, un evento brindado por la diosa IA, como se le conocería siglos más adelante gracias a la bitácora de Natalia.

Bitácora

Zahorí Balmaceda

¡Bienvenido al mundo de los no dormidos, tripulante! Me presentaré, aunque tu cerebro debe estar tan frito que no recordarás nada en dos horas y después de ocho maravillosas y reponedoras horas de sueño, tendrás qué volver a reproducir este registro.

Soy Lena Shatilov, tu antecesora, mentora y tripulante despierta a cargo de la décimo quinta generación en la misión Apis... al menos lo seguiré siendo durante las próximas veinticuatro horas, antes de volver a dormir.

Nos conocimos durante el entrenamiento en la base lunar, pero aún es demasiado temprano para que lo recuerdes. Solía ganarte en el póker y tú a mí en las charadas.

Puedo apostar a que estás más emocionado que un perro con dos colas por lo que estás a punto de vivir, pero procura controlar tus emociones, novato, no todo parece tan genial como lo hicieron ver los genios que nos metieron en esto.

Intentaré hablar lento porque, si estás viendo esto, significa que tu turno casi ha empezado oficialmente y esa

jaqueca que sientes ahora te acompañará por un largo rato. En el botiquín de tu baño encontrarás analgésicos y antibióticos... aunque esos últimos no servirán de mucho porque es prácticamente imposible resfriarse en esta chatarra. El recorrido trazado por los nerds en la Tierra no pudo predecir el curso de los cometas, así que sus diversos tipos de radiación nos han esterilizado cinco o seis veces. Estamos a medio camino de Nueva Terra, así que ruega porque el espacio no comience a jugar a las canicas con tus moléculas y, si lo hace, intenta estar cerca de un retrete para cuando eso pase.

Comezón, náuseas, sangrado nasal, pérdida de cabello, jaqueca, ansiedad y otras mil cosas más serán tus mejores amigas, incluso si no hay ningún cometa cerca. Tomar una ducha de media hora siempre ayuda.

El tiempo de la bitácora de bienvenida es limitado, así que trataré de ser breve y clara... pero estoy segura de que no será suficiente, te diré todo lo que me habría encantado que Kate hubiera dicho en lugar de «esperanza», «responsabilidad» y «honor».

Comencemos por tu estado actual. Nada es como en el entrenamiento. Te debes sentir del carajo ahora mismo, ¿verdad? Es normal. Tendrás jaqueca los siguientes días, tu estómago te hará creer que está lleno, pero solo te hará vomitar bilis. Déjala fluir, la verás muy seguido.

Las píldoras te destruyen por dentro, pero te mantienen saludable y no tardarás en acostumbrarte. El protocolo dice que cada tripulante tiene un horario establecido, pero mi recomendación personal es tomarlas cuando estés seguro de que la comida ha pasado a mejor vida en tu intestino, así no desperdiciarás recursos y tal vez, para cuando vuelvas a dormir, aún tengas apetito.

Yo dejé de comer por gusto hace un año y probablemente antes. Espero que mi seguro lo cubra.

Respecto a tus labores... No te apresures a cumplirlas. La Apis sabe cuidarse sola gracias a Aristeo, tu superior que nunca duerme. Recuérдалo: Estamos aquí para solucionar problemas técnicos de emergencia y mantener el curso en caso de desvíos importantes. Tienes la libertad de sentirte como un capitán, aunque Aristeo nunca te reconocerá como tal.

Como sea, vas a tener tanto tiempo libre que podrías escribir tres libros al año. Yo escribí solo uno porque... pues... soy mecánica, no escritora. Ni siquiera me gusta leer. Si quieres reírte de mí, usa mi número de registro para encontrar el borrador entre mis archivos y deja algunos comentarios. Los leeré cuando despierte.

Te juro que si me das menos de cuatro estrellas, vas a necesitar tus dientes para reconocerte luego de que termine contigo.

En cuanto al resto de tus funciones en esta lata de atún, tendrás tiempo libre, así que asegúrate de ser un atún feliz.

Hay una triste y limitada cantidad de películas en el archivo general, las mismas que transmitían en la base lunar durante el entrenamiento. Sé lo que estás pensando y mi respuesta es «¡sí!», pondremos una queja conjunta cuando la misión termine y lleguemos a Nueva Terra. Con algo de suerte, no tendrás que ver otra vez a Matt Damon gastando recursos de la humanidad, que ya no existen, para llevarlo de vuelta a la Tierra.

La nave tiene un sistema interno imposible de corromper. ¿Alguna vez tuviste una madre helicóptero? Pues acabas de ganar una. Puedes elegir cuándo doparte, pero el desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena solo se sirven una vez al día. Procura tomar tu bandeja antes de que la nave se dé cuenta de que te estás resistiendo. Enviará un asistente del tamaño de un duende a tu habitación y te seguirá hasta que el sistema reinicie la agenda a la media noche, aunque si te agradan las películas de terror, tal vez sea una grata experiencia.

Tal como nos advirtieron, todos contamos con dos tipos de asistentes: los duendes a los que puedes tratar como esclavos —aunque la convivencia cercana con ellos es menos que agradable— y los asistentes médicos. Parecen ser esa clase de robots que atentarán contra tu

vida, con la advertencia de que tienes tres segundos para correr, cuando ya han pasado dos, pero en verdad son muy amables y atentos.

Son muy cordiales cuando te encuentran, pero si intentas escapar de su tratamiento, vas a convertir tu vida en una pesadilla. No es tan grave... si no te importa sufrir un infarto. Es gracioso porque, en caso de que ocurra, ¿adivina quiénes te salvarán?

Por favor, di la respuesta aunque no pueda oírte.

En fin, si tienes suerte, jamás tendrás que tratar con uno. Son horriblemente intimidantes, pero están a tu servicio para hacerte sentir mejor en caso de que te rompas una pierna y saben tratarte con cariño. La nave mide tu ritmo cardíaco y también tu metabolismo. Si alguno de esos factores se ve afectado, despertará a un asistente para tratarte.

Mi record hasta este punto de la misión es haber despertado a uno por un ataque de ansiedad. Su aspecto no ayudó a que me tranquilizara, pero fue lindo saber que alguien estaba atento a que no me eyectara al espacio por haberme acabado el último frasco de espárragos de mi generación.

No me juzgues. Todos superamos demonios a nuestra manera.

El protocolo también indica que debo informarte sobre el estado actual de la misión. Nos desviamos un par

de años de la fecha inicial de llegada, pero seguimos estando dentro del margen de error aceptable. Agathea y Corinto no tuvieron tanta suerte. Cinco meses antes de mi segunda hibernación, Agathea informó un retraso de quince años y hace tres años Corinto retornó a la Tierra por un mal funcionamiento que pudo haberle costado la vida a sus tripulantes y a sus vacas. ¿Puedes imaginar eso? ¿Vacas en el espacio? Ni siquiera Asimov fue tan ambicioso.

Sentiría lástima por ellos, pero cuando lleguen a casa no podrán comparar nuestra experiencia en el espacio con sus vacaciones de consuelo en algún rincón del mundo libre de smog.

El punto es que nuestras abejas llegarán a tiempo si todo sale bien en los próximos veinte años. Estamos a dos mandos de superar la primera meta de los cien años de recorrido, así que más vale que hagas bien tu trabajo. Vengo de un país conflictivo que se excusa bajo la voluntad de Dios, enviarte con tu creador no será un problema para mí.

Puedes visitar a nuestras pasajeras en El Panal. Es obligación usar el traje, pero una vez que te acostumbras puedes entrar con tu peor ropa y sentirlas en la piel. Te picarán, pero puedo asegurarte que vale la pena sentir el cosquilleo de vez en cuando. Tu primer año despierto lejos de casa te hará creer que nada es real y que sigues

soñando y vas a necesitar amigas. Están ocupadas haciendo... ya sabes, su trabajo, pero al contrario de lo que nos enseñaron sobre las abejas, nuestras pequeñas salvadoras también toman descansos. Cuando te das cuenta de que las reglas son solo palabras escritas en un papel, es más fácil romperlas. Si eres atento y silencioso, podrás verlas descansar en las flores, tomando siestas o explorando por diversión.

Si alguna vez pierdes el objetivo y las abejas no son suficiente, ve al panel de control y reproduce el protocolo de asentamiento *Nueva Terra*. Recordar que hacemos esto por una buena causa, te animará.

No hemos perdido colmenas desde que la misión inició, pero si llegase a ocurrir, siempre hay un plan de contingencia. Si llegamos a Nueva Terra con sólo tres panales, la misión será un éxito y la misión Prometeo podrá comenzar finalmente, aunque nunca conoceremos a esas personas. En trescientos años de viaje solo envejecemos cinco y eso es todo lo que podemos pedir... y una vida asegurada en un lugar —por ahora— libre de basura en el aire.

Siempre piensa positivo. Sentirse solo aquí es natural y puede destruirte en muchos sentidos. Recomiendo escribir una lista de las diez cosas que más te motivan e ingresarlas en tu archivo para que Aristeo las lea

en voz alta una vez al día o cada vez que tu ritmo cardíaco descienda.

Considéralo tu mejor amigo durante tu estadía y siempre dale el beneficio de la duda. Ha estado aquí más tiempo que cualquiera de nosotros, nos salva de cosas flotantes, mantiene la nave, a nosotros y su «salud mental artificial» sigue invicta. Responde muy bien a «buenos días» y también a «buenas noches». Tal vez en este punto de tu integración es muy tarde para saludarlo, pero cuando te vayas a dormir, recuerda despedirte y, como mentor, pedirle a tu reemplazante que también lo haga. ¿Por qué? Porque le dimos una muerte lenta y dolorosa a nuestro planeta por perder el respeto que teníamos hacia él y hacia nosotros mismos. Si vamos a comenzar desde cero, debemos practicar.

En cuanto a tu equilibrio emocional... Es muy probable que lo pierdas, pero en este crucero de cinco estrellas encontrarás una psiquiatra, un psicólogo, un humorista y el deporte que elijas practicar definirá la clase de entrenador que quieres tener. Recomendando tenis. Antes de enrolarme, lo detestaba, pero Sorana es buena escuchando, incluso si dejas de jugar. Aristeo también lo es, pero estoy segura de que sus respuestas no van a gustarte y jamás, por nada del mundo, aunque tu vida dependa de ello, le pidas que te cuente un chiste. Los

ñoños que lo construyeron son... o eran, un insulto a la comedia.

Por cierto, tal como nos advirtieron antes de enrolarnos, todos a quienes conocimos en la Tierra han muerto. Sus registros están enlazados con los tuyos, así que puedes averiguar todo lo que necesites saber: fecha de muerte, causa, resultados de autopsia, funerales y destino final de los cuerpos. Si eres responsable por alguien, los restos pueden ser cremados, exhumados en caso de entierros para ser enviados a Nueva Terra y transportados directamente al planeta si se trata de cenizas.

Tal vez no logre nada advirtiéndote, pero si no lo hago, no podré ir a dormir tranquila: No busques el pasado, no solucionarás nada y nadie volverá de la muerte. Las condiciones en las que vivirás los próximos años pondrán tu mente de cabeza y literalmente te volverás loco. No lo empeores.

Hace tres generaciones, Tori Hatari... ¿Recuerdas a Tori? Nos enseñó a comer con palillos chinos y preparaba los mejores fideos instantáneos. Recuerdo que estaban prohibidos en la base. ¿De dónde los sacaba?

Como sea, era un buen chico. Tori descubrió que su hermana menor desapareció poco después de nuestro despegue y fue dada por muerta diez años después de su desaparición. Su última solicitud enviada a la Tierra fue que

su caso fuera reabierto, pero... jamás recibirá esa respuesta.

Nunca regresó a dormir. Su cápsula está vacía y se mantendrá así hasta que la nave arribe. Tal vez te preguntes qué le ocurrió, pero te aconsejo no pensar mucho en ello, solo lograrás destruirte a ti mismo.

En caso de que tu curiosidad sea más fuerte que tu sentido común y decidas buscar su registro, espero que no pienses en seguir sus pasos. Si vas a morir en el espacio, que sea por una razón más noble.

Lamento si esto destruye tu autoestima —lo hizo conmigo al inicio—, pero tengo la sensación de que algún día me agradecerás que lo haya mencionado. Mi padre decía que los rumores son el alimento del Diablo y él nunca se equivocaba.

A lo que voy es que no necesitas vivir con eso. Esto no es un libro de Jack London, no regresarás a casa y no volverás a ver a esas personas, no importa lo noble que creas ser.

Desde el momento en que nos establecimos en la base lunar, decidimos que nuestras vidas serían reiniciadas y no podríamos mirar hacia atrás. No te convertirás en un bloque de sal si lo haces, pero hagas lo que hagas, no echas a la basura todo el esfuerzo y fe que han —y hemos— puesto en nosotros.

Mis consejos nacen de mis propios errores. También me sentí sola, triste y sin un rumbo, pero si mi mamá estuviera viva y me hubiera visto enroscada en la cama como un mapache muerto me habría gritado: «¡De pie!» o «¡No vas a cambiar el mundo durmiendo, Lena!» o incluso «¡No seas haragana! ¡Esas abejas te necesitan!». Y lo cierto es que sí nos necesitan. No las cuidamos en la Tierra y mira cómo nos fue.

Digo, no destruimos directamente todas las especies, pero el cambio climático sí lo hizo y eso sí fue nuestra culpa. Recuerdo las fotografías en clase de historia: las fábricas, las guerras, las plantas nucleares... ¿Por qué no nos detuvimos? Pudimos haber evitado todas esas muertes. Los árboles, los animales, el mar. Lo matamos todo y estas son las consecuencias: oírme expiando nuestras culpas.

No te sientas mal, mi mentora fue peor conmigo. ¿Recuerdas a Kate? Espera, no la llamábamos por su nombre. «¡Knox!», «¿qué haces, Knox?», «no me des órdenes, Knox», «¡deja de hacer trampas en las cartas, Knox!». Siento que mi estómago se convierte en un agujero negro cuando recuerdo el momento en que fue designada como mi mentora.

¡Practicaba equitación en la Tierra! Ni siquiera sabía que los caballos aún existían. ¿Cómo se supone que debes sentirte cuando te dicen que tu mentora era la mejor

calificación en el entrenamiento? Ella era una genio y de donde yo vengo nos escupíamos en la cara dependiendo del idioma que hablaras y la religión que profesaras. Éramos tan diferentes que ni siquiera hablábamos.

Cuando vi su rostro al despertar, en su última bitácora, lloré cuando ella lo hizo. Necesitaba su mamá tanto como yo a la mía, teníamos la misma cantidad de hermanos y casi la misma cantidad de familiares que dejamos atrás. Diferentes por fuera, casi idénticas por dentro. Somos aves del mismo plumaje. Cuando todos despertemos, le daré un fuerte abrazo, aunque ella no entienda por qué... o tal vez sí.

¿Sabes lo que escribió de mí en su informe de previsión para mi turno? «Shatilov tiene un gran sentido del humor, pero debe cuidar su actitud terca, impulsiva, haragana, ansiosa y sensible». Sé que soy dos de esas cosas, pero definitivamente no las cinco, así que intenta ser más justo con tu sucesor.

Piensa en que eres el hermano del medio, valora la experiencia de tu hermana mayor y aprende lo suficiente para aconsejar a quien venga después de ti. Soy la hermana del medio de mi familia en la vida real... o lo era, porque todos mis hermanos deben estar muertos, así que sé de qué hablo.

Estos últimos registros dicen mucho de nosotros. Comenzamos de una forma y terminamos siendo personas

completamente diferentes. Miles de años de evolución no cambiarán nuestra naturaleza destructiva en la Tierra, pero cinco años en el espacio son capaces de transformarnos por completo.

Ahora pienso en ti y me pregunto qué clase de cambio tendrás. ¿Es necesario en tu caso? Te recuerdo en la base lunar, con tu nariz siempre metida en los instructivos y esos lentes que siempre se deslizaban por tu nariz. Me entristece no haber hablado contigo lo suficiente, sin embargo, podemos ser amigos en Nueva Terra. Muchas cosas nos esperan allá y espero encontrarte con todos los tornillos de tu cabeza en su lugar.

Knox temía dejar la misión en mis manos, mi intuición y su informe me lo dice. Pero yo no tengo miedo de volver a dormir contigo estando a cargo de nuestras vidas por los próximos cinco años. Si tuviera que apostarle a quien sobreviviría a una lluvia de meteoritos con Aristeo inactivo, sería a ti...

Durante tus años de servicio este no solo será tu lugar de trabajo, también será tu hogar y el de los que vengan después de ti. Cuando te sientas solo y aburrido, usa tu imaginación y convierte esta nave que odias en el lugar en donde deseas estar con todas tus fuerzas.

Van a regañarme por esto, pero la primera y única vez que hice un escándalo para volver a la Tierra, desactivé el imán de gravedad y comencé a flotar con muchas cosas

a mi alrededor. Puedo describirlo como una botella arrojada al mar, sin dirección ni destino.

Puede sonar como una locura que puso en peligro la misión, pero Aristeo es más listo que tú o cualquier ser humano atrapado aquí, así que siempre encontrará la forma de poner tus pies en la tierra de manera figurativa y literal. Lo hizo conmigo ese día. Nunca reí tanto después de oír a alguien decir «No fue divertido».

Pasó de ser mi «compañero» a un padre preocupado por la salud de la única cosa activa biológicamente, sin alas ni franjas y con voluntad propia que debía mantener con vida dentro de sí. Fue entonces cuando descubrí que puede llegar a quererte, ¿sabes? Esperó a que flotara en un punto bajo y activó el imán otra vez. Un golpe en el trasero ha sido su forma más honesta de demostrarme su cariño. Espero que contigo sea mejor.

Tardamos varios días en volver a poner las cosas en su lugar, pero te aseguro que si no hubiera un cerebro artificial vigilándome, lo volvería a hacer antes de dormir. No miento. Estoy a un átomo de intentarlo. Esa sensación al flotar me hizo pensar en mi mamá, en mi padre y en mis hermanos. Tal vez te preguntes por qué eso me hace feliz si jamás volveré a verlos y la respuesta es bastante estúpida: porque me hizo recordar todo lo que soy.

Soy una humana engendrada por padres humanos y nacida en un lugar donde los niños ya no pueden respirar.

Tuve la suerte de ser amada en medio de un mundo hostil y cruel que no habría dudado ni un segundo en destruirme. Mi familia me heredó una de mis más valiosas posiciones: una fe. No hablo solo de un dios en quien creer, sino de la seguridad que me convence día a día de que las cosas mejorarán y que yo formaré parte de ese cambio.

Extraño muchas cosas de la Tierra, cosas que jamás volveré a sentir, tocar o vivir. El sonido de una lata abriéndose, el aire puro, que de seguro será más puro en Nueva Terra, el sonido de las aves invisibles en las copas de los árboles, el pelaje de un gato callejero, el sabor de las uvas... Las personas que nacerán en algunos años no conocerán nada de eso y será frustrante, lo sé porque lo fue para mí cuando vi un esqueleto de dinosaurio por primera vez. ¿Sabías que nadie sabe de qué colores eran realmente? Solo son conjeturas basadas en dieta, ubicación y estructura, así que si alguna vez coloreaste uno en rosa no podían juzgarte.

Todo lo que dejamos atrás depositó en nosotros una fe que no podemos defraudar y si lo haces, definitivamente habrás perdido tu humanidad. Todos la habremos perdido.

Recuérdalo, tripulante, eres un eslabón de una larga cadena y contamos contigo cada segundo que pases despierto. Tu principal tarea durante los próximos años será mantener esta cadena unida y fuerte, no importa cuántas veces llores o cuántas veces pienses que tu vida

no tiene sentido. Es probable que cuando llegue ese momento no la tenga para ti, pero sí para todos nosotros.

Cada generación, antes de ti y antes de mí, ha cuidado de nosotros de la forma en la que tal vez jamás cuidaron de alguien más o de sí mismos. Eso es el amor, esa es la familia. Si Kate me hubiera dicho todo esto durante el inicio de mis funciones, habría sido más fuerte y estoy segura de que también habría llorado menos.

Si tienes suerte, en algún momento encontrarás la forma de sentirte como en casa. Le debo una cerveza al genio que pensó en mantener el sistema horario de la Tierra en todas las misiones. Cuando te sientas triste, ve la hora e imagina el amanecer, el atardecer o la sensación del sol sobre tu piel al medio día. En caso de que un sol radiante no te anime, toma una ducha fría en la oscuridad e imagina una lluvia. No hay nada más poderoso que la imaginación humana. Nadie nos podrá quitar eso.

Me encantaría extenderme y contarte sobre mis años de servicio, las cosas que vi, las cosas que aprendí, los secretos que harían de tu estadía, un verdadero viaje en crucero de cinco estrellas y no solo cuatro, pero parte de esta aventura es descubrir las cosas por tu cuenta... y solo me quedan dos minutos.

De acuerdo, tripulante de la vigésimo séptima generación. Dejo en tus manos a Aristeo, la nave, nuestras

pequeñas amigas bicolores y también a Apis. ¡Buena suerte!

Nos vemos en Nueva Terra.

להתראות.¹

¹ להתראות («Lehitra'ot»): *Forma común de despedirse en hebreo. Se traduce como «adiós» o «hasta luego», aunque un significado más profundo sería «encontrarse».*

Biografía autoras

Verónica Arévalo Gutiérrez (Santiago, 1987). Es profesora de Historia y Geografía. Como escritora ha publicado el libro «Territorio excluido: cuentos situados» (ediciones Hurañas, 2019) y ha sido parte de las antologías «Zona de sacrificio» (ediciones Hurañas, 2019), «Cuentos de mujeres para mujeres» (editorial Mestiza, 2019) y «Carnívoras: cuentos zombies escritos por mujeres» (Astartea editorial, 2021)

Cristina Mars (Chile). Escritora de novela, cuento y poesía. Publicó el 2014 la novela A 30 Segundos del Paraíso. Participa en antologías de fantasía, ciencia ficción y terror: Poliedro 6, Confinamiento, Claroscuros y Proyecto Usher. Otras participaciones en antología Historias asombrosas de gatos I, II, III y Thrasher y Otros Ruidos, libro de cuentos junto a Armando Rosselot. Su última publicación, Zombie Queen, aparece en la antología Carnívoras del género Z, escrita por mujeres chilenas. Recientemente ganó el tercer lugar en los premios Revista Mordedor 2022.

Leticia Herrera Cubillo. Es una escritora de fantasía, profesora de historia y nerd chilena. Fan de múltiples mundos de ficción, ha escrito fanfiction y fue incluida en las

antologías *Imaginarias: Antología de mujeres en mundos peligrosos* (Chile, 2018); *HOJA EN BLANCO, Cuentos y Relatos (de este mundo y de otros) – Antología* (Argentina, 2021) y *Flores que solo florecen de Noche* (México, 2021).

Sofia Ramos Wong (Calama, 1982). Radicada en Antofagasta, Químico Farmacéutico, madre, poetisa e instrumentista. En el 2018 publica su primera novela «Aline» (independiente, fantasía oscura). 2020 es publicado «Proyecto Sinvir» (Aurea Ediciones), novela de ciencia ficción reconocida en los International Latino Book Award 2021 con mención honrosa en la categoría Mejor Novela Fantasía y Ciencia Ficción. En el 2022 publica la novela de terror, «Calama Zombi, El Oasis de los Olvidados» (Aurea Ediciones). Ha participado en distintas antologías: «La Flor De Neón» (Cyberpunk, Aurea Ediciones), «El fantasma de Roberto» (Rapsodia, antología de cuentos inspirados en canciones de rock, Textualmente Activa) y «Martillos en la Cabeza» (Carnívoras, relatos zombies escritos por mujeres, Astartea Ediciones). Instagram: @sofiramosescritos

Zahorí Balmaceda (1996). Escritora, cineasta, guionista y creadora de contenido. En 2019 publica «Saoirse», su primer acercamiento a la ciencia ficción. En 2020 publica «Little Sadie», un western basado en la canción del folclore americano del mismo nombre. En 2021 publica «Ganimedes», su inicio en la fantasía épica.

ÍNDICE

Hipótesis de mujeres situadas en Chile para la gran ronda de voces utópicas de Nuestra América	6
Tríada	13
Verónica Arévalo Gutiérrez	
Los observadores	35
Cristina Mars	
Todos-todo	54
Leticia Herrera Cubillo	
Dos soles en el atardecer	83
Sofía Ramos Wong	
Bitácora	113
Zahorí Balmaceda	
Biografía autoras	130